

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

Oriente Medio

curtis garland





SS

SERVICIO SECRETO



Depósito legal B 30.668 – 1971
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: octubre, 1971

© CURTIS GARLAND - 1971
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.** Mora
la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.097 — El dossier escarlata.

En Colección PUNTO ROJO:

491 — Patrulla 22.

CAPÍTULO PRIMERO

ERNIE MAC Duff bostezó

Bostezó porque estaba aburrido. Y también porque tenía apetito; era la hora del almuerzo, a fin de cuentas. Pero, especialmente, es porque estaba aburrido. Muy aburrido. No podía ser de otro modo en aquel lugar.

Se enjugó el sudor, mascullando algo entre dientes. Luego, contempló el termómetro y se estremeció. En aquel infierno, nunca bajaba la temperatura.

Ernie Mac Duff quitó perezosamente los pies de encima de la mesa, para contemplar con mayor facilidad el exterior. Cerró los ojos, horrorizado.

El panorama, inevitablemente, era siempre el mismo: la alta palmera, inmóvil y curvada, frente a la ventana. Los minarettes, la cúpula del palacio, el cielo muy azul, muy despejado, y la luz del sol. Sobre todo, la luz del sol.

Y el calor.

Volvió a pasar el pañuelo por la cara, y de nuevo lo retiró mojado. Resopló, moviéndose inquieto en la butaca. Bostezó otra vez. Ahora, de algo más que aburrimiento y apetito. De hastío, de malhumor, de histerismo incluso. Cualquiera podía volverse histérico en aquel maldito rincón del mundo, se decía Mac Duff. Cualquiera. Incluso él...

Se puso en pie. Tenía la camisa pegada a la espalda por la transpiración. Las aspas del ventilador, girando en el techo, sobre su cabeza, eran como si nada. Apenas producían un poco de aire en el ambiente caliginoso, lleno de bochorno, de luz, de silencio, de calma insólita.

Juró entre dientes, preguntándose qué temperatura haría en esos momentos en Miami, a la sombra de muchas palmeras como

aquella, entre deliciosas piscinas, hoteles muy blancos y muy caros, autopistas, avenidas arboladas, residencias cuajadas de verdes zonas de césped, campos de golf, de tenis o de cricket, playas doradas y el deporte del surf sobre el oleaje rizado del Atlántico.

Meneó la cabeza, hastiado, furioso consigo mismo. Le pareció saborear el aire caliente, mordisquear polvo de arena diluido, atomizado en el propio ambiente del despacho blanco, liviano, de escasos muebles, de ventanas cubiertas por persianas color marfil, y de puertas cerradas también con hojas de madera hendidas en forma de persiana, o simplemente tamizadas en su hueco por cortinas de flecos ligeros y ruidosos.

—Es repugnante —dijo.

Y en aquel “repugnante”, Ernie Mac Duff incluía un sinfín de cosas, dentro del todo homogéneo y desagradable que para él constituía el muy rico, muy pequeño y muy poco conocido estado independiente de Dhawaiq. Sultanato cuya economía, como la de cualquier otro territorio autónomo de Oriente Medio, se basaba específicamente en su riqueza petrolífera, muy notable, en sus tratados comerciales con los Estados Unidos y con la Gran Bretaña, para venderles ese petróleo, que era extraído con equipos americanos, técnicos angloamericanos, y capital norteamericano, por supuesto.

Aparte de eso, el muy digno estado independiente de Dhawaiq, exportaba dátiles, extraía plata de unos cuantos yacimientos, la suficiente al menos para vender los objetos típicos del país, trabajados por famélicos artesanos en tiendas de un gran valor pintoresco, e incluso se permitía el lujo de exportar a unos cuantos países europeos sus bellas alfombras trenzadas a mano, con dibujos de exquisito gusto y rico colorido. Shayadh, la capital, se alzaba en pleno desierto, por una razón importantísima: todo el país era un puro desierto. Un largo, ancho, horrible, caliginoso, ardiente y molesto desierto, si el juicio de Ernie Mac Duff era solicitado al respecto.

Contempló, cerca ya de la ventana, el calendario *made in USA*, de bonitas litografías en color. Cada mes correspondía a una *pin up* sensacional, las más de las veces con un raquítico indumento que parecía a punto de caerse de la generosa anatomía de la propietaria. Lo peor era que en la mayoría de los casos, la chica

bombón de turno, además de sus curvas, ofrecía un vaso fresco, una botella o un jugoso zumo, rebosando de un recipiente cualquiera, invitador para el que contemplase el calendario, como la propia sonrisa estereotipada de la modelo, como sus formas pectorales, harto desorbitadas, o como cualquier otro punto de su naturaleza.

Se humedeció los labios, con cierta avidez. No hubiera sabido si a causa del refresco o de lo otro. Contempló, ceñudo, el nombre que aparecía, ostentoso, en cada página del calendario anual:

COMPAÑIA INTERNACIONAL DE
EXPORTACIONES E IMPORTACIONES ACME
REPRESENTACIONES EN TODO EL MUNDO
Casa central: 2.117, Lexington Ave. (New York), USA

Todo muy formal, muy convincente. Ernie Mac Duff se preguntó si, a pesar de todo, engañaría a alguien. Especialmente, a los silenciosos, enigmáticos y muy astutos habitantes de Dhawaiq, desde su sultán Nishawar hasta su jefe de policía, Abham. No, no se hacía demasiadas ilusiones al respecto. Estaba convencido de que cualquiera podía sospechar que aquella oficina absurda, montada por una entidad norteamericana en la capital de un pequeño estado del Oriente Medio, no era sino una correspondencia oficial de su servicio de información.

Y, en tal caso, quien sospechara una cosa así, acertaría de lleno. Ernie Mac Duff no estaba allí para vender refrescos de cola y adquirir alfombras y dátiles a cambio. Ernie Mac Duff no era representante comercial, sino agente especial de la Oficina Federal de Investigación de Washington, DC.

—Hola —saludó una voz, a sus espaldas.

Se volvió, despacio. Respondió, apático:

—Hola —y se quedó mirando con gesto perfectamente estúpido al recién llegado.

—Son ya las doce y media, señor Mac Duff —explicó Shariff Quat, el empleado nativo que el Gobierno de Dhawaiq les obligara a tomar en sus oficinas, cuando la supuesta entidad comercial americana fue instalada allí.

—Bien, ¿y qué? —preguntó hoscamente Mac Duff.

—Nada... Sencillamente, señor Mac Duff, creo que es buena hora para que se vaya a almorzar —sonrió el árabe risueñamente—. Yo me quedaré en la oficina hasta que usted regrese.

—No creo que haga falta. Yo apenas tardo veinte minutos en tomar mi almuerzo, Shariff, y tú lo sabes.

—Bien, hoy es distinto, señor Mac Duff —la sonrisa del joven nativo se amplió, en su enjuto rostro bronceado, bajo el velo de su tocado indígena—. Debe ir a recoger a la señorita Marsh, ¿no es cierto?

Ernie Mac Duff se quedó de una pieza. Luego, empezó a soltar una interminable retahíla de las peores palabrotas del diccionario inglés que acudieron a su mente en tales momentos.

—¡Peste, infiernos, malditos sean todos los granos de arena de los desiertos del mundo, y los cochinos y asquerosos individuos que pensaron en vivir en sitios así! —aulló al fin, agotado ya el repertorio de frases impublicables. Pegó un puñetazo en la mesa, mirando con furia homicida a Shariff Quat que asistía, imperturbable, a la explosión de ira de su jefe occidental—. ¡La señorita Marsh! ¡La vieja, apestosa, ridícula y molesta señorita Marsh, de quien maldito si me había vuelto a acordar más en toda mi asquerosa existencia en este rincón del diablo...! Tienes razón, hijo de cien lobs, tienes toda la razón del mundo, maldito mil veces seas... ¡La señorita Marsh, llega hoy, para hacerse cargo de la labor burocrática de esta oficina, y sustituir al pobre señor Smithers, que murió oficialmente de insolación, aunque yo crea particularmente que los esbirros del sultán le pusieron encima una lupa, a pleno sol, para que tal cosa sucediera!

—Peligrosas afirmaciones, señor Mac Duff —habló Shariff, impávido, con aire risueño—. Recuerde: puede haber micrófonos en esta habitación. La policía de Su Majestad es muy astuta. Y muy dura con los extranjeros que ofenden la política nacional y el honor de este gran país...

Se inclinó, ceremonioso, como si realmente dijera en serio todo eso. Mac Duff apretó los labios, colérico, y siguió refunfuñando:

—¡Una mujer... una mujer en esta oficina! Una de esas esqueléticas, acartonadas, apergaminadas damas de gafas, nariz de halcón, boca de pez y dientes de castor, escribiendo irritantemente a máquina, con no sé cuántas pulsaciones por minuto, leyendo

novelas de Vicky Baum y de Agatha Christie, e interesándose por la formación geológica del país, por su producción en bruto en toneladas de petróleo anuales, por la historia de los sultanatos y su influencia en el desarrollo social de los pueblos de cultura árabe... ¡Maldita sea mi fortuna! Yo, precisamente yo, además de estar enterrado en vida en este sucio, caliente y pegajoso villorrio, tengo que cargar con... ¡con la honorable y digna señorita Marsh, de la Oficina Central de los Estados Unidos!

Y cuando él decía eso, hablaba con conocimiento de causa. Había visto a demasiadas mecanógrafas en la Oficina Federal de Investigación, para hacerse la menor ilusión al respecto.

Shariff Quat, obviamente, estaba muy habituado a los estallidos iracundos de su compañero de trabajo en la oficina de la Compañía Internacional de Exportaciones e Importaciones Acme. Solo así podía explicarse su plácida indiferencia ante los exabruptos de Mac Duff. Ahora, apaciblemente, el nativo intercaló su voz:

—Deberá darse prisa, señor Mac Duff, si quiere ya ir almorzado al aeropuerto. El avión de las Reales Líneas Aéreas del estado independiente de Dhawaiq, tomará tierra en, el aeropuerto de Shayadh, a las dos quince, hora local. Y hay largo trayecto desde aquí al aeropuerto, señor...

—¡El aeropuerto! —se estremeció Mac Duff cerrando los ojos con horror—. Cielos, Shariff, no me lo recuerdes... ¡No me lo recuerdes! Sí, sí. Ya voy a almorzar, maldita sea... ¡aunque la señorita Marsh me corte la digestión... si antes no me devoran las alimañas del desierto, en el trayecto hasta el aeropuerto!

Y salió dando un portazo.

Shariff Quat meneó la cabeza, riendo burlonamente. Caminó hasta el asiento que dejara Ernie, se acomodó en él, estiró sus piernas, de un modo nada oriental, hasta apoyar sus pies en la mesa, y extrajo, de sus amplios ropajes blancos, un ejemplar bastante reciente de la publicación Pin Up Parade. Lo abrió por las páginas centrales, dedicadas al paciente *streap-tease* de una rubia sensacional.

Evidentemente, la cultura occidental había calado hondo en el espíritu de las gentes de Dhawaiq. O al menos, en el espíritu del joven Shariff Quat...

CAPÍTULO II

—**E**S preciso. Hay que hacerlo, Sabza.

—¿Sin remedio?

—Sin remedio. Con vida, ese hombre es un peligro. Debe desaparecer.

—¿Rapto?

—No. No basta.

—¿Ejecución?

—Inmediata.

Sabza Charik asintió despacio. Era grueso, seboso. Su faz oscura brillaba como charol, a causa del sudor, bajo el tejido liviano, color marfil, de su atavío árabe. Tenía entrelazadas las manos color bronce oscuro, sobre su abultado vientre adiposo.

—Está bien —suspiró, entornando los ojos—. Se hará. No me gusta el asesinato como solución única. Pero sabes que se hará. Como se hizo otras veces.

—Bien. Eso es todo, Sabza. Espero que se haga todo limpiamente. Sin dejar huellas, sin indicios comprometedores. Se juega demasiado en todo esto, para correr el menor riesgo.

—Por supuesto, por supuesto —agitó una mano, perezosamente—. Nunca fallé. ¿Por qué había de hacerlo ahora?

—Eso espero. El dinero, será depositado, como siempre, en el International Dhawaiq Bank. Un talón al portador, en la cuenta personal tuya, Sabza. Firmaré una orden de compra de productos tuyos, por el valor de ese talón. Todo debe parecer normal. Y pleno de legalidad.

—Sí, como siempre —sonrió beatíficamente Sabza Charik en su muelle trono de cojines dorados, rojos y verdes. Luego, añadió fríamente, entornando los oscuros, malévolos ojillos—; Pero esta

vez, la mercancía aumentó de precio. Son veinte mil.

—¡Veinte mil! —le miró el otro, sobresaltado—. ¿Veinte mil dinares de Dhawaiq por ese trabajo? ¿Te has vuelto loco?

—Por el contrario. Soy una persona muy cuerda. Pido lo que vale. Hay riesgos, hay mayores dificultades, los que trabajan para mí exigen más... y al menos debo poner en este trabajo un mínimo de cuatro hombres, para evitar el fracaso.

—Aun así, Sabza, es muy caro. Matar a un hombre... veinte mil dinares del país. Excesivo dinero. Suponen casi treinta mil dólares al cambio oficial, Sabza. Por ese dinero, podría contratar casi a cincuenta pillos de Shayadh, para que llevasen a una emboscada a nuestro hombre, y...

Chascó la lengua Sabza, meneando negativamente la cabeza, con aire de reproche y un infinito desprecio en sus oscuros ojos astutos.

—Métodos toscos, groseros —sentenció—. La policía descubriría enseguida el hilo. Taifala, el primer ministro, no gusta de las violencias sobre personas de nacionalidad extranjera, en territorio de Dhawaiq. Desprestigia al país, de cara al exterior. La situación es próspera, la moneda está alta, el turismo acude con cierta fluidez... ¿Por qué malograr todo eso estúpidamente? Abham, el jefe de policía, tiene órdenes concretas: se debe mantener la seguridad de los extranjeros, por encima de todo, con excepción de la propia seguridad nacional en política. A fin de cuentas, nuestro común amigo Beit Naquye, es libanés, nacionalizado británico, con pasaporte del Gobierno de Su Majestad, la reina Isabel... No, no. Sería arriesgado delegar la tarea a unos simples aficionados sin organización. Arriesgado especialmente, para usted. Y para aquellos a quienes usted representa, por supuesto, mi querido amigo...

Hubo una pausa tras las reposadas, apacibles, casi indiferentes palabras pronunciadas por el rollizo Sabza Charik en su inglés meloso, arrastrado, pero gramaticalmente correcto.

Su interlocutor dudó unos momentos, reflexionó con largueza, antes de alzar la cara nuevamente, escudriñar a Sabza con gesto malhumorado, y afirmar:

—Está bien. Aceptada la cifra. Pero de forma excepcional. Es posible que, en casos futuros, apelemos a otros medios, para evitar

encarecimientos innecesarios. Tenemos buena relación con organizaciones criminales internacionales, Sabza, que pueden ejecutar a un hombre en Nueva York, en París o en Bangkok, con la misma facilidad. Y el costo de la tarea no es mucho mayor...

—Momentáneamente, no habrá más aumentos. Yo cobro de forma razonable, amigo mío, según los riesgos y las necesidades del curso —suspiró Sabza Charik—. No me interesa, en primer lugar, desprestigiar mi negocio. Y cuando usted acude a mí, con esa clase de relaciones mundiales que posee, es obvio que lo hace porque se siente satisfecho de sus métodos...

—Dejemos la charla a un lado —se impacientó el visitante de Charik—. El libanés va a salir hoy mismo de Shayadh. A las tres treinta de la tarde, en el reactor de las Líneas Aéreas de Dhawaiq, con destino a El Cairo. Si logra llegar a territorio egipcio y habla con alguna persona egipcia o británica, estamos perdidos.

Sabza asintió lentamente, con una mueca risueña. Consultó su reloj mural, con apatía.

—Son las doce y treinta y siete minutos, exactamente —señaló—. Faltan casi tres horas para que ese avión salga de Shayadh. Cuando ello ocurra, Beit Naquye no irá a bordo, puedo asegurarlo... Ahora, vuelva a su domicilio, por favor. Necesitaré poco más de una hora para organizar mi plan de trabajo.

* * *

Había poco movimiento en el aeropuerto local de la ciudad de Shayadh, capital del estado independiente de Dhawaiq, entre las once de la mañana y las cuatro de la tarde. Exactamente, solo dos aviones figuraban en la guía turística que poseía Ernie Mac Duff: uno de llegada, procedente de Lisboa, Roma y Tel Aviv, que enlazara con los pasajeros procedentes de los Estados Unidos, en la capital portuguesa. Otro, de salida, con destino a El Cairo, Túnez, Madrid y Londres, ambos aviones a reacción, pertenecientes a la DHA-NA-AIL, complicado anagrama de su compañía, la Dhawaiq National Air Lines.

El camino desde la capital al aeropuerto internacional del estado independiente de Dhawaiq, era un desierto de límites infinitos. Un campo dorado, rojizo a trechos, con un blanco de nieve en otros, en cuyos horizontes se alzaban las metálicas torres

de los pozos petrolíferos en explotación, las viviendas alargadas de los obreros, los técnicos, almacenes de material, los oleoductos atravesando el desierto, y los puntos de embarque de grandes barriles de combustible, el oro negro del Oriente Medio, la riqueza fabulosa de países hambrientos, en aquel juego alucinante de contrastes que era aquel mundo donde se mezclaban la miseria y el poder, el derroche y el hambre, las fastuosidades de *Las mil y una noches*, junto a las epidemias y los males endémicos...

Un trayecto infernal, sobre la arena sin fin, bajo el cielo azul y terso como una hoja de acero, donde el sol era como una lente gigantesca, asestada sobre los temerarios que, como Ernie Mac Duff, se arriesgaban en un simple *jeep*, a través de su candente, insoportable, asfixiante yermo sin fin... Un trayecto de solo dieciocho millas...

La marcha había de ser necesariamente lenta. Las gomas, mordidas por la chirriante aspereza de la arena, sufrían lo indecible en aquel avance agobiante. Forzar la velocidad, era arriesgarse a un contratiempo serio que, en el peor de los casos, le dejaría paralizado unas horas en el infierno arenoso, sin poder regresar, al relativo confort de Shayadh, ni serle posible tampoco acudir al aeropuerto, a recibir a la inefable y temida señorita M. Marsh, de la Oficina Federal de Investigación de Washington. Una dama que, desde su arribada a Dhawaiq, sería su colaboradora, taquimecanógrafa y un sin fin de cosas más, amén de un problema y un solemne estorbo en todos los aspectos de su tediosa vida en aquel minúsculo y rico país.

Cierto que, oficialmente, la señorita M. Marsh viajaba como secretaria especializada de Acme Co., Export and Import, y que como tal actuaría allí con toda naturalidad, o Hoover y los demás jamás la hubiesen enviado a aquella u otra sucursal similar de los servicios federales de inteligencia en los países más propicios a una crisis política o económica, en los inefables años de la guerra fría.

Pero la eficiencia profesional de la señorita Marsh, como miembro del FBI, le tenía perfectamente sin cuidado a Ernie Mac Duff. En primer lugar, porque a su juicio, una dama podía actuar con igual eficacia que un hombre en las tareas policíacas o de contraespionaje, y buena prueba de ello era que el FBI, aunque el hecho no fuera muy conocido en gran parte del mundo, utilizaba

frecuentemente agentes femeninos en determinadas tareas, sin el menor prejuicio hacia su sexo y apariencia física. Y en segundo lugar, porque conocía demasiadas funcionarias, burocráticas o de acción, dentro de la oficina federal, para esperar nada realmente agradable a la vista en aquella dama que llegaba de Washington, para sustituir a un hombre muerto en misteriosas y nada claras circunstancias en Dhawaiq, de una pretendida insolación. No había nada que negase la posibilidad de tal clase de muerte, en el caso del agente Duncan Smithers. Pero tampoco nada que rechazase la profunda sospecha de Mac Duff sobre la provocada insolación de su amigo y colega en les tareas investigadoras dispuestas secretamente por el Gobierno norteamericano.

Para Mac Duff, el fin de Smithers, muerto en una zona desértica, con su automóvil averiado, sin agua en el radiador, no tuvo nada de accidental. Y si ello era como él sospechaba, resultaría un claro indicio de que algo no funcionaba bien para el FBI en Dhawaiq, y algún grupo político nacional o extranjero, muy interesado en minar la acción americana en Oriente Medio, había puesto todos los medios para boicotear su tarea. Ello, además, llevaba implícita una grave conclusión: la Acme Export and Import, no había engañado a nadie...

Y eso, a juicio de Mac Duff, era lo peor de todo.

Contempló, ceñudo, el radiador humeante del coche, en su marcha irregular sobre el desierto, brincando en las zanjas o encaramándose, casi encabritado, sobre dunas y montículos. El calor era excesivo. La longitud del viaje también. Y sobre todo el estado del desértico terreno, no quería ni opinar.

Frenó, saliendo del vehículo para tomar la garrafa de agua que llevaba atrás, en el portaequipajes. Echó agua relativamente fresca en el depósito, lo taponó de nuevo, y reanudó la marcha decididamente.

Esta vez, el trayecto fue corto. De súbito, frenó, aguzando el oído con interés. Tal vez alguien sufría la rotura de todos sus neumáticos, a juzgar por los estampidos secos, ásperos, que llegaban hasta sus oídos. Al menos, eso hubiera pensado cualquier otro viajero del desierto. Cualquier viajero que no se llamase Duncan Mac Duff...

No eran explosiones de gomas reventadas. Eran disparos.

Disparos de arma de fuego.

Escudriñó a su alrededor, la extensión de arena que parecía no tener fin. No vio nada ni a nadie. Eso era extraño porque Ernie, habituado a estudiar la acústica de las detonaciones de arma de fuego, calculaba que aquellos disparos no podían estarse haciendo a más de una milla de su situación actual.

De modo que Mac Duff mantuvo su mirada fija en una serie de ondulaciones o lomas de arena que, allá al fondo, a su derecha, delimitaban el horizonte. No distaban más de una milla. Por tanto, tras aquellas elevaciones suaves, rojizas, tenía lugar el tiroteo, por alguna razón que él ignoraba y que, tal vez tuviera que ver con los propios problemas internos del país y sus grupos rebeldes, contrarios al Gobierno y a sus tratados comerciales con los Estados Unidos y Gran Bretaña,

—Es posible que sea el principio de una guerra civil —comentó para sí, frotándose pensativamente el mentón—. No creo que lo hagan para dar la bienvenida a la señorita Marsh...

Mac Duff rio agriamente su propio sentido del humor, y se dispuso a continuar viaje hacia el aeropuerto. Entonces, justamente entonces, alguien apareció por un extremo de la cadena de ondulaciones arenosas.

Un automóvil a considerable velocidad, en medio de una polvareda. No era un *jeep*, sino un modelo *ranger*, bastante moderno, de color grana y blanco, aunque el polvo del desierto le daba a todo un matiz apagado, ocre. Y detrás del automóvil, camellos y caballos.

Lo peor para quien condujese el vehículo de cuatro ruedas, era que los hombres subidos a lomos de camellos y caballos, todos ellos ataviados con flotantes ropas y velos árabes, disparaban como endemoniados contra el automóvil, acribillándolo a balazos implacablemente. En sus manos, brillaba el metal acerado de revólveres y fusiles automáticos de modelo reciente.

El coche aceleró más, empezando a dar tumbos en un sector de terreno particularmente desigual y abrupto. Sus perseguidores continuaron el tiroteo, llegando hasta el oído de Mac Duff el aullido de las balas, al rebotar o clavarse en la carrocería, como un enjambre de abejorros de metal, particularmente incisivos.

Entre los disparos y el rugido del motor sometido a duro

esfuerzo, Ernie captó los gritos ululantes de los jinetes. Todos ellos llevaban la faz cubierta por velos negros y blancos, y eso le recordó inmediatamente a los tuaregs africanos. Quizá no fueran exactamente eso, pero había oído hablar repetidas veces de la existencia de tribus del interior, rebeldes a toda ley, auténticos piratas del desierto, y azote de los campamentos petrolíferos. Esto de ahora, parecía confirmar en todos sus aspectos tales rumores.

Mac Duff alzó una parte del asiento del *jeep*, extrayendo lo que parecía un estuche de herramientas mecánicas. Una vez abierto el estuche, mostró realmente un surtido de herramientas sobre un lecho de paño azul. Levantó paño y objetos, apareciendo un doble fondo, donde asomaban, desmontadas, las piezas de un chato fusil ametrallador con varios peines de proyectiles.

Lo montó en unos instantes, sin desviar su mirada del lugar del tiroteo. El coche del agredido, enfilaba ahora hacia él, como si viniese en su misma dirección, pugnando siempre por huir del acoso violento de sus perseguidores.

El agente federal norteamericano apretó sus mandíbulas, agazapado tras el parabrisas, en ristre el fusil ametrallador, ya montado y a punto de hacer fuego. Entornó los ojos, para mejor huir del fuerte reverbero solar y, ante la imposibilidad de centrar bien su visual en aquella sinfonía candente de luz, arena y reflejos dorados, apeló a sus gafas oscuras, que velaron los reverberos, permitiéndole apreciar la escena en todos sus detalles.

No pudo disfrutar mucho tiempo de su contemplación. Súbitamente, algo le ocurrió al coche *ranger*.

Zigzagó en la arena, pareció girar sobre sus ruedas, repentinamente inmóviles, y una humareda oscura brotó de su carrocería, por algún hueco. Luego, entre esa humareda, escapó una lengua anaranjada, centelleante, que no era ningún reflejo solar.

Fuego... El coche está ardiendo.

Se abrió de golpe la portezuela. Aun a aquella distancia, a través de los cristales color humo de sus gafas de sol, Mac Duff descubrió que la figura, vestida enteramente de blanco, con un traje posiblemente de hilo, amplio y holgado, aparecía salpicada de amplias manchas rojas, nada tranquilizadoras.

También descubrió que se tambaleaba, que oscilaba claramente,

que sus pasos sobre la blanca arena no eran precisamente seguros. Luego, a pesar del sombrero panamá, color marfil, que cubría la cabeza del automovilista, le identificó como a un occidental, un hombre de su raza en apariencia.

Cayó de rodillas en la arena, a escasa distancia del automóvil. Los jinetes árabes se le venían encima, asestando sus armas sobre él.

Era todo lo que Ernie Mac Duff podía soportar. La distancia entre él y los personajes de aquel violento drama, era ya lo suficientemente corta para que los disparos de su metralleta fuesen eficaces. Y, desde luego, también lo serían los de los rifles de los árabes. Pero eso no le importó cuando saltó de su *jeep*, metralleta en mano, y se encaró abiertamente a los jinetes nativos, comenzando a oprimir el gatillo del arma, apuntado ligeramente alto, para no alcanzar por error al hombre herido que, lentamente, iba cediendo de bruces, hacia la arena.

Sorprendidos, los árabes frenaron sus cabalgaduras, cuando el tableteo áspero, restallante, de las detonaciones de metralleta, les avisó de la nueva contingencia que se presentaba ante ellos, en forma de un desconocido occidental, armado con un elemento agresivo de considerable eficacia.

Durante un par de segundos, mientras zumbaban los proyectiles lanzados en chorro por el fusil ametrallador, muy cerca de las cabezas de jinetes y monturas, dejando desconcertados a aquellos y sobresaltando a estos, parecieron dudar los árabes sobre la decisión a tomar.

Luego, repentinamente, se decidieron. Con gritos ululantes, agitaron sus brazos armados, un par de ellos hicieron fuego sobre Mac Duff, con más precipitación que buen tino, y la totalidad del grupo giró en franca huida, renunciando a la lucha.

Ernie Mac Duff se sorprendió en principio, al ver lo rápido del desenlace en aquel choque. Detuvo la presión del dedo en su gatillo. Miró a la distancia, a la polvareda rojiza que envolvía a los jinetes en galopada hacia las lomas distantes.

Respiró fuerte. Bajó el arma, contemplando el coche convertido en una antorcha metálica, retorcida y negruzca, no lejos del cuerpo convulso de su único ocupante. El crepitar del vehículo envuelto en llamas, hacía pronosticar que, muy en breve, el fuego alcanzaría el

depósito del combustible, y la inevitable explosión tendría lugar.

Cuando eso sucediera, el hombre herido a balazos, si es que aún conservaba algo de vida dentro de sí, sería alcanzado y envuelto por el campo de acción del estallido de la gasolina inflamada.

Mac Duff calculó rápidamente los riesgos. Eran muchos. Pero una vida dependía acaso de su decisión. No vaciló más.

Echó a correr vertiginosamente. La arena dificultaba la velocidad de sus pies, pero no decisivamente. Llegó justamente hasta el hombre abatido, en cuestión de brevísimos segundos. Se inclinó, echándose en bandolera a la espalda su corta arma automática.

El sombrero panamá había caído de la cabeza, que mostraba ahora su cabello lacio, revuelto y muy negro. La tez del hombre era pálida, ligeramente aceitunada. No debía ser árabe, pero tampoco totalmente europeo. Imaginó que podía ser mestizo, pero tampoco eso era seguro.

Las heridas eran graves. Muy graves. No saldría vivo de esta. A pesar de ello, lo alzó en sus brazos, corrió un trecho, y se lanzó en una zanja arenosa, con el menor daño posible, en el impacto, para el hombre que llevaba consigo.

Atrás, a sus espaldas, tuvo lugar el estallido formidable. Una bola de fuego reventó, lanzando pavesas, llamaradas y fragmentos metálicos a distancia. Silbaron los fragmentos flamígeros sobre sus cabezas. No les alcanzó ninguna. Tembló la arena, a impulsos del estampido. Se agotó el ruido, pasó el peligro...

Lentamente, jadeando aún por el desesperado esfuerzo, Ernie Mac Duff miró al hombre tendido junto a él. Virtualmente, su torso era una roja superficie brillante, húmeda, viscosa. El rostro, un lívido mascarón crispado, reflejo de la misma muerte, ya tan próxima que no se alejaría por pretexto alguno de aquel cuerpo vencido.

—Dios... mío... —oyó murmurar al hombre agonizante, en un inglés correcto, escapado las palabras dificultosas, muy débiles, entre los crispados labios.

—¿Qué ocurrió? —habló junto a su oído Ernie—. ¿Por qué les atacaron?

—El... el informe... —sonó la voz—. Solo por... por eso...

—¿Qué informe? —apremió él.

—No... No... —jadeó—. No puedo... hablar...

—Dese cuenta de que ha sido atacado, virtualmente asesinado —habló con dureza Ernie—. ¿Por qué no denuncia a sus asesinos? ¿Quiénes son ellos?

—No sé... pero... lo imagino... —le miró, angustiado, el hombre agonizante—. ¿Quién... es usted?

Ernie, ante la gravedad apremiante de la situación de aquel hombre, no dudó en descorrer el velo de su identidad real. Se inclinó, haciendo girar el tacón de su zapato derecho. En el tacón, hueco, apareció una credencial. La mostró ante los ojos del herido, explicando:

—Ernie Mac Duff. Oficina Federal de Investigación, Washington. Delegación extranjera en Shayadh.

—¡Dios sea loado! —se animó ligeramente el brillo de los vidriosos ojos del hombre—. Un federal americano... Puedo... puedo hablarle a usted... revelarle todo...

—Sí. Hágalo. Haré lo que sea para ayudarle, si está en mi mano. O por ayudar a aquellos a quienes usted sirve...

—Hágalo, por favor... Es... es tan importante... Yo... yo sirvo a... al Intelligence Service británico...

—Vaya... Pero usted no es inglés...

—No... no. Libanés... Trabajo para Inglaterra en Oriente Medio. Llevo conmigo... Llevo conmigo un informe vital para ese país, para todos... Quieren evitar que llegue a poder de... de ellos...

—Entiendo, sí. ¿Qué informe es ese?

—Va... va en clave. Diffcil clave. Pero puede traducirse...

—¿Dónde lo tiene?

—Mi... mi bolsillo secreto... Busque... la planta del calcetín izquierdo... Hay un microfilm... Un pequeño fragmento de película. No hay imágenes... Está grabado en ese film el sonido de una conversación... Ellos saben... saben que yo grabé esos sonidos, ellos quieren arrebátármelo para evitar que alguien se entere...

—Entiendo, sí. Descuide. Mientras yo viva, no se apoderarán de él. Voy a recogerlo. No puedo prometerle que se lo entregue a los ingleses. Pero si en algún modo no perjudica los intereses americanos, ese documento pasará directamente a Londres.

—No... no importa. Ese informe... también afecta gravemente a los Estados Unidos —jadeó el moribundo—. Pero en mutuo interés con Inglaterra... ¡Es preciso que los dos países sepan lo que sucede!

—Lo sabrán —prometió Mac Duff, aunque no poseía la menor seguridad al respecto, en aquellos momentos junto a un hombre agonizante, en pleno desierto y con un puñado de nativos asesinos, cabalgando por aquel sector—. Lo que me gustaría saber es quién o quiénes provocaron este ataque contra usted. ¿El gobierno de Dhawaiq? ¿Alguna potencia representada dentro de este país?

—No, no fue el Gobierno... —denegó lentamente el herido. Su mirada se ponía más y más opaca por momentos. Miró en forma vidriosa al joven americano.

Su boca se crispaba. Una espuma sanguinolenta asomaba entre los dientes a cada movimiento de labios—. Ha sido... ha sido... la E A...

—¿E A? —enarcó las cejas Ernie Mac Duff, sin entender—. ¿Qué significa eso?

—Eastern Agency... Son... son temibles. Implacables. Cuídese de ellos. Si le descubren, si le señalan... no logrará escapar a su sentencia de muerte. La agencia Este... No... no se enfrente jamás con ellos... Jamás...

Un nuevo vómito de sangre le agitó. Esta vez la hemotipsis era fuerte. Se convulsionó, desorbitando los ojos. Boqueó; unas pocas palabras escaparon de sus labios. Palabras roncadas, casi irreconocibles:

—Busque... busque a... a Max... Max... Carra... Carrados...

Luego, el vómito se repitió. Esta vez, era la muerte. El libanés que servía al Departamento de Inteligencia del Gobierno de su Majestad británica, quedó sin vida en los brazos de Ernie Mac Duff.

Este se irguió, pensativo. Escudriñó la arena, formando una interminable sabana dorada ante él, bajo el crudo sol de Oriente Medio. No descubrió señales amenazadoras para él. No había nada a la vista, excepto su *jeep* inmovilizado en la arena, y la humareda acre, negruzca, de los hierros retorcidos que una vez fuera un coche: el del agente secreto británico en Dhawaiq.

Volvió a inclinarse. Descalzó el pie izquierdo del libanés. Extrajo el calcetín del pie ya inerte. En su interior, un pequeño, ajustado bolsillo, con lo que parecía un billete de veinte dólares

doblado. Y lo era. Dentro de los dobleces, aparecía un pequeño film de unos tres milímetros de ancho, por dos o tres centímetros de longitud total.

Rápidamente, el microfilm y el billete, tal como los hallara en el bolsillito oculto del libanés, pasaron a su hueco tacón de zapato, que volvió a su postura habitual. Mac Duff se puso en pie. Saltó fuera de la zanja, dejando allí al libanés sin vida. No podía perder más tiempo ni ocuparse de enterrarlo. Informaría del hallazgo de un cadáver a la policía local, cuando llegase al alejado aeropuerto, y que ellos resolvieran.

Lo único que hizo, fue examinar la documentación del hombre asesinado. Descubrió que llevaba pasaporte británico, y que tenía esta nacionalidad, pese a ser nacido en Beirut, Líbano. Se llamaba Beit Naquye, tenía cuarenta y dos años, y su profesión, de acuerdo con sus documentos, era la de técnico en estudios financieros. Era obvio que todo eso no había engañado a algunas personas. Especialmente, a aquellas de la Eastern Agency citada por el moribundo. También llevaba un pasaje de avión Shayadh-Londres, para aquel mismo día.

Recordó el nombre borrosamente pronunciado por el agonizante, en el mismo instante de llegarle la muerte: Max Carrados.

No sabía quién podía ser. Pero no olvidaría ese nombre: Max Carrados.

Salió de la zanja arenosa. Cruzó a la carrera el desierto, con la metralleta de nuevo en sus manos, estudiando el terreno a su alrededor, muy previsoramente. No se fiaba en absoluto, porque en aquel momento podían complicarse las cosas, si los asesinos del agente secreto inglés reaparecían con sus cabalgaduras, dispuestos a repetir en él su hazaña.

Alcanzó el jeep. Subió a él. Puso el fusil ametrallador sobre sus rodillas. No iba a guardarlo nuevamente en su escondrijo hasta llegar al aeropuerto por lo menos. El peligro era demasiado evidente, a través de la desolada extensión arenosa, hasta arribar a la llanura destinada al aterrizaje de los aviones internacionales y a la salida de las líneas hacia el resto del mundo, desde el minúsculo, rico y lejano estado independiente de Dhawaiq.

El coche se alejó sobre el suelo desértico.

Tenía que llegar a tiempo al aeropuerto, para recoger a la nueva secretaria que le enviaba el FBI: la señorita M. Marsh.

Pero en pocos momentos, durante el trayecto Shayadh aeropuerto internacional de Dhawaiq, las cosas habían cambiado considerablemente para Ernie Mac Duff, y el aburrimiento de poco antes, se había convertido en súbita tensión.

La tensión provocada por un hombre muerto, un secreto grabado en microfilm, una misteriosa Eastern Agency, y un nombre oscuro, pronunciado por un moribundo: Max Carrados.

Todo eso, podía significar algo. Podía significar mucho. Lo que quería saber Ernie Mac Duff era la forma de sacar del país el microfilm del agente británico, y llegar al fondo de la cuestión.

Todo eso, mientras aceleraba la marcha, para no llegar tarde a la recepción de la odiosa señorita Marsh, la viajera de Washington.

CAPÍTULO III

MELODY MARSH tomó su maletín. Avanzó hasta la puerta del avión. Asomó. Allá, en la distancia, arena. Mucha arena. Abajo, las pistas de cemento, bordeadas igualmente de arena. Desierto, palmeras, edificaciones blancas, de pocos pisos, alrededor de la zona destinada a los aparatos. Edificaciones típicamente tropicales, de una pintoresca mezcla de orientalismo y aire occidental moderno.

Presidiendo todo eso, el edificio encristalado de las oficinas y dependencias del aeropuerto, rematado por la torre de control, las de radiotelegrafía, radar, faros de situación, etc.

Melody Marsh sonrió apaciblemente. Tras las gafas que cubrían sus ojos, estos destellaron con aire risueño. Asomo a la portezuela. Los viajeros se encaminaban ya hacia la aduana de Dhawaiq, a través de la pista de aterrizaje. Ella era el último pasajero en abandonar el reactor. La azafata le sonrió con amabilidad, y Melody respondió a esa sonrisa con toda cortesía. Luego, empezó a descender los escalones metálicos adosados al cuerpo del aparato.

Pisó el asfalto. Caminó hacia la verja donde se anunciaba el paso de viajeros hacia las dependencias aduaneras. El aire era caliente, pesado. No soplaba ni un poco de brisa. La temperatura debía ser considerablemente elevada. El cielo, tan despejado y azul como si no existieran nubes en la atmósfera terrestre. El sol, era un disco cegador, de oro o de sangre.

Melody se detuvo en la hilera que esperaba los requisitos aduaneros. Miró alrededor, buscando a alguien. Alguien a quien no encontró. Le rodeaba una gran mayoría de hombres de raza árabe, y otros recios, macizos, rubios occidentales, acaso con cargos importantes en Dhawaiq, relacionados con el principal manantial de riqueza nacional. Pero evidentemente, ninguno de ellos podía

ser el que ella buscaba. Sabía cómo era Ernie Mac Duff. Poseía una ficha completa de él. Y fotografías. Además, estaba su propio instinto. Especialmente, eso: su propio instinto.

Delante de Melody Marsh, una mujer enjuta, de edad avanzada, nariz de halcón, lentes de gruesos cristales, montados sobre metal dorado, y una indumentaria propia de otra generación, en tonos grises y violáceos. Esperaba, con dos voluminosas maletas, a que la aduana resolviese su entrada en el país, tras los previos trámites del caso.

Súbitamente, una figura apareció en el corredor aduanero. Un hombre al que Melody Marsh no había visto aún anteriormente. Un joven con traje claro de hilo. Un joven que se encaminó directamente a la dama simada ante ella. Descubrió a Melody entre tanto. Estudió sus curvas con interés muy varonil. Luego moduló algo que parecía iba a ser un silbido que, finalmente, no brotó de sus labios, acaso por elemental principio de corrección, pero que tuvo su expresión en el destello pícaro de sus ojos grises, penetrantes.

Luego, tras una sacudida de cabeza resignada, fue a la dama de gris y violeta. La interpeló:

—Disculpe... ¿La señorita Marsh? Yo soy Ernie Mac Duff, de Acme Export and Import, y estaba esperando a que usted llegase a Dhawaiq, para...

—Joven, usted sufre un error sin duda —le cortó vivamente la dama, moviendo la cabeza negativamente—. Yo no soy la que usted supone. Mi nombre es Penélope Whiteharperson, y viajo con la Touring Route Corporation.

—Oh, disculpe, señorita... er... Whiteharperson... —masculló Mac Duff dificultosamente, casi deletreando el apellido—. Sin duda cometí una equivocación... Tal vez la persona que yo espero, no llegó en este vuelo.

—No tiene importancia, joven —rechazó la dama, con una sonrisa—. Tal vez ella esté por ahí...

—Oh, no, no creo... —los ojos de Ernie resbalaron sobre una rubia opulenta que chillaba, al final de la cola. Pareció estremecerse al fijar la mirada en unas caderas rotundas, que sabían agitarse devastadoramente. Meneó la cabeza—. Seguro que no... Debió perder este avión, estoy seguro. No veo a nadie que

pueda ser la... la señorita Marsh...

Melody había esperado lo suficiente. Modosa, puso sus manos cruzadas sobre el regazo, suspiró, mirando a Ernie a través de sus gafas, y manifestó con voz apacible:

—Señor Mac Duff: yo soy Melody Marsh, de Acme Export and Import...

Ernie la miró. Fijamente. Estúpidamente, incluso.

—¡No! —jadeó.

Y sus ojos fueron recorriendo la figura de Melody Marsh. Desde su cabello rojizo color cobre, hasta la punta de sus zapatos de tacón afilado, sobre los que se sostenían aquellas dos graciosas, esbeltas, bien torneadas columnas de sus piernas, enfundadas en nylon de fantasía, con dibujos calados. Pasando, naturalmente, por el óvalo facial de grandes, rasgados ojos verdes, que centelleaban tras el muro de vidrio de unas modernas, estilizadas gafas de escaso aumento, con más apariencia de elemento atractivo que de otra cosa; su naricilla breve, graciosa; su boca gordezuela, de labios carnosos, golosamente rojos y húmedos. Y, por supuesto, su esbelto cuello, sus pechos firmes, juveniles, arrogantes, dibujándose bajo la seda azul de la blusa, su sinuosa figura, plena de armonía, de elasticidad, como una mezcla asombrosa de clasicismo y de vitalidad deportiva, que se mostraba en la amplitud de su tórax, en la agilidad pasmosa con que movía sus piernas al andar, siguiendo el ritmo lento de la cola en la aduana. Y la forma en que la ligera falda estival, de tejido crudo, marcaba, a cada uno de sus movimientos, la musculosa tersura de sus muslos, de sus nalgas enhiestas, vibrantes, de todo su cuerpo, una especie de sorprendente masa de carne vivaz, atractiva, apetecible, y a la vez elástica, olímpica, digna de una estampa viviente del deporte en unas formas de mujer.

Todo eso, encerrado en unos cinco pies y medio de estatura escasos. Una figura, en suma, de proporciones delicadas, vitales, hermosas, suaves, arrogantes, todo ello en increíble, formidable, asombrosa conjunción rítmica...

—¡Qué mujer! —sintió deseos de exclamar Ernie Mac Duff. Y tal vez lo exclamó, no pudo estar seguro de nada, absorto en la contemplación de aquel monumento a la vez sensual y puro deleite de armonías visuales.

Lo que sí estuvo bien seguro de haber dicho, fueron aquellas palabras torpes, escapando de sus labios bajo una mirada intensamente fija e intensamente burlona, tras las espejeantes formas de las gafas:

—¿Usted, señorita Marsh...? Cielos, no puedo creerlo... ¿La señorita Marsh de Washington, que...?

—La señorita Marsh que usted espera, señor Ernie Mac Duff —rio ella suavemente, frunciendo sus labios—. Melody Marsh, de Acme. Si me saca pronto de esta molesta aduana, podrá comprobar que soy realmente quien digo, señor Mac Duff.

—Oh, sí, sí, por puesto —pareció despertar de un fantástico letargo, y la invitó—: Venga conmigo, por favor. Conozco a los funcionarios aduaneros bastante bien. No la molestaran mucho...

Fue con ella hasta el final del largo mostrador, tras hablar con un policía local. Pasaron la puerta vidriera de la oficina aduanera antes que los demás, deferentemente. Mac Duff, percibiendo a sus espaldas el rítmico, y suave taconeo de los pasos de Melody Marsh sobre el pavimento del aeropuerto, experimentaba la increíble sensación de que un hada iba trazando sus movimientos con una musicalidad vibrátil, estremecedora.

Al hacerse a un lado, para que Melody Marsh pasara a la oficina aduanera a obtener el permiso de entrada en el país, sin más trámites que un rápido examen de su reducido equipaje, ella le rozó ligeramente con el brazo, con la punta erguida de un seno, con el murmullo fresco de los hilos de cobre de su cabello. Ernie apretó los labios, sintiendo la proximidad de un perfume asombroso, mitad de algún agua de colonia fresca y limpia, mitad aroma a carne de mujer en sazón, a piel suave y cálida...

«Cielos... —pensó—. ¿Y esto es lo que Washington me envía como secretaria...?»

Y no quiso pensar más. Era mejor así.

* * *

—Los funcionarios de este país son muy simpáticos.

—No se fíe de esa impresión. Lo son siempre... con las mujeres bonitas.

—Gracias —chispearon sus ojos. Se volvió, contemplándole a él,

en vez de seguir mirando el paisaje tedioso, de arena y palmeras en grupos distantes.

—No es un cumplido, créame. Es la pura realidad —aceleró un poco, pero la arena chirriaba tanto bajo los neumáticos del *jeep*, que opto por reducir de nuevo la marcha. Tras ellos, el aeropuerto se perdía ya en la distancia—. No me gusta piropear a mis colaboradoras. Me limité a exponer un hecho concreto, señorita Marsh.

—Gracias, de todos modos. Cuando las cosas se dicen sin afán de emitir un cumplido, son aún más dignas de reconocimiento, señor Mac Duff.

—Puede llamarme simplemente Mac Duff. O Ernie. Vamos a ser camaradas, además de compatriotas y colegas en un mundo lejano, ¿no es cierto?

—Sí, supongo que sí —suspiró ella, risueña, entornando los ojos para contemplar a través de sus pestañas color cobre el paisaje soleado, árido, caliente—. Yo soy Melody para los amigos. Y para los colegas, solo Melody.

—Bien, Melody —la contempló de soslayo, sin soltar el volante ni reducir más la lenta marcha del *jeep* sobre la arena—. Esto no es un paraíso, por muchas versiones de *Las mil y una noches* que haya leído, y por cuanto deje uno correr la imaginación. Los árabes de hoy no piensan en harenes, Scherezades y cuentos bellos e imposibles. Piensan en revoluciones, marxismo, ideales panárabes, antisemitismo, petróleo, neutralismo y otras lindezas parecidas. No, Melody. El mundo árabe ha cambiado bastante de Harum Al-Raschid hasta nuestros días... Y aún no sé si para bien o para mal.

—Todo cambia para bien, Ernie —expuso ella sencillamente—. No se puede vivir siempre entre leyendas, sueños y feudalismos medievales. No, eso no es posible. Tiene sus riesgos y sus contrariedades evidentes, pero es necesario evolucionar. Todos tienen derecho a hacerlo.

—Magnífico. Ese discurso, en las Naciones Unidas, levantaría tempestades de aplausos. Pero me temo que aquí, les deje un poco fríos. En realidad, no han hecho otro cosa que cambiar los métodos. En el fondo, el feudalismo persiste. El sultán de Dhawaiq, pongamos por caso, posee un harem de mujeres hermosas o feas, pero mujeres todas para él, cobra un millón de dólares diarios o

cien mil libras esterlinas cada veinticuatro horas, según sean los Estados Unidos o Inglaterra el país concesionario de sus remesas de petróleo refinado o en bruto, y lleva un “Cadillac” con televisión, discoteca, bar e incluso sala de estar, despacho y aseo, mientras que la gente no tiene en su mayoría un trozo de pan que llevarse a la boca. ¿Llama a eso “evolución de los pueblos”, Melody?

—Corrosivo. Eso es su comentario, Ernie —replicó ella, algo despectivamente—. Corrosivo en su fondo y forma. Dese cuenta de que estas gentes han de evolucionar más aún. Esto es solo el principio. Se debaten entre un cúmulo de prejuicios, de milenarias costumbres, de normas invariables durante siglos... Cuesta mucho desterrar todo eso. Faltan aún una serie de generaciones para que los mundos subdesarrollados puedan alcanzar su auténtico nivel de comunidades actuales, con plenitud de derechos, con todo lo demás que ello lleva consigo. Solo me pregunto una cosa, amigo mío.

—¿Qué cosa?

—Si entonces, estas gentes serán más felices o no —suspiró ella, con voz tenue.

Ernie frunció el ceño. Terminó asintiendo. En la distancia, una larga, enorme *pipeline*, iba hacia el sudoeste, rumbo a las refinerías petrolíferas situadas cerca de los estuarios del río y, por tanto, próximas a los lugares de embarque para los grandes países europeos que adquirirían el negro oro combustible del subsuelo. Junto al conducto de petróleo, de trecho en trecho, un vehículo militar o un par de centinelas armados de metralletas, con el tocado flotante de negra o blanca seda de los nativos de Dhawaiq, guardando el curso del tubo destinado a trasladar el petróleo a través de millas y millas de terreno, hacia refinerías y envasadoras.

El *jeep* continuó su marcha hacia la capital del pequeño país. No pasaron muy lejos del lugar donde cayera sin vida el ciudadano británico-libanés Beit Naquye, del Intelligence Service, de Londres. De reojo, Mac Duff observó que un par de coches militares y una ambulancia, rodeaban el lugar donde sucediera el drama. Procuró eludir el sitio, dando un rodeo que aumentó en media milla más la distancia aeropuerto-ciudad. Su llamada telefónica a la policía local, desde el recinto de las líneas aéreas nacionales, había surtido ya su efecto.

Melody no era tonta. Ni mucho menos. Ernie lo supo enseguida.

—¿Dificultades? —preguntó ella de repente.

—¿Eh? —Ernie se volvió haciéndose el tonto.

—Esos soldados o policías... —señaló Melody hacia el lugar donde se movían las figuras, como lejanas hormigas en torno a los vehículos parados en la arena y el amasijo negruzco del coche *ranger* destruido por la explosión del combustible—. ¿Por qué los elude?

—¿Quién dijo que los eludía?

—Yo lo digo —replicó ella vivamente. Le miró, pensativa—. ¿Va a negarlo, Ernie?

—No —se humedeció los labios—. No hay por qué. Sí, estoy eludiendo encuentros molestos.

—¿Molestos? ¿Por qué?

—La policía local es pegajosa. Interroga siempre a los extranjeros.

—¿También sobre coches quemados en el desierto?

—Es muy observadora —gruñó Mac Duff. Y afirmó—: Sí, también sobre eso.

—¿Y... cadáveres?

Casi pegó Mac Duff un respingo, escudriñó a Melody. Descubrió entonces que ya ella le escudriñaba a él con airé casi angelical.

—¿De qué habla? —rezongó Ernie.

—Del hombre que estaban sacando de una zanja —señaló ella—. Estaba bañado en sangre. Muerto, sin duda. Vestía de blanco.

—Yo no vi nada —gruñó Ernie. La estudió, más receloso que nunca—. ¿Tiene ojos telescópicos, muchacha?

—En cierto modo, sí —confesó ella modestamente. Se arrancó las gafas. Las tendió a su colega—. Póngase esos lentes, por favor.

—No los necesito. Mi vista es excelente, aunque no sea capaz de ver un muerto a casi una milla de distancia, Melody.

—Aun así, póngaselas, por favor.

Ernie lo hizo. Descubrió que no ampliaban absolutamente nada, o su visión era peor de lo que siempre pensó. Sencillamente, eran cristales vulgares. Solo eso.

—No veo nada especial en ellas —observó irritado—. ¿Qué quiere probarme con esto? ¿Qué soy miope tal vez?

—No, no —rio ella de buena gana—. Haga como hice yo

momentos atrás. Toque la varilla derecha. Hay una especie de adorno dorado. Gírelo suavemente a su derecha.

Ernie, sorprendido, hizo todo eso. Lanzó una exclamación de asombro cuando la visual de su ojo derecho se desenfocó totalmente, nublándose, para terminar clarificándose increíblemente, hasta destacar con nitidez lejanos contornos, igual que si mirase por un telescopio. Giró la cabeza ligeramente, casi frenando el *jeep*. Descubrió lo mismo que poco antes había visto con tan pasmosa facilidad su compañera de viaje. En la distancia, los policías militares del Sultanato, se cuidaban de subir a la ambulancia el cuerpo de Beit Naquye, bañado en sangre. Todo era nítido, preciso, como a través de potentes binoculares... solo por un círculo central de la lentilla derecha de sus gafas, repentinamente convertida, como por una magia inexplicable de los cristales, en auténtico y poderoso catalejo.

—Diablo, ¿qué significa esto? —preguntó Ernie Mac Duff, perplejo—. ¿Son las gafas del diablo?

—Casi, casi —rio de buena gana Melody—. Pero cuando Hoover se entere de que usted le llamó “diablo”, tal vez le dé la baja.

—¿Hoover? ¿Él le dio esto?

—En cierto modo, sí. El Departamento de Material Especial, elaboró esas gafas especialmente para mí.

—¿Y quién es usted, jovencita? ¿Un superespía?

—Con faldas —se echó a reír Melody, apoyando sus manos en las rodillas, cubiertas de arabescos tenues, los del dibujo de sus medias a la moda, visibles hasta medio muslo por la brevedad de la falda—. Esas gafas son un simple experimento. Si resultan bien, muchos agentes serán dotados de ellas en el futuro, Ernie. Les pareció que yo era un buen elemento para servir de cobaya en el juego. Hasta ahora, resultan bien. Esperemos que, a la larga, sean también eficaces en algo mejor que curiosear cosas que no nos afectan...

Y, de repente, aguzando su mirada, fija en Ernie, remachó insinuante:

—¿O... sí nos afecta?

Ernie se dio por vencido. Empezaba a preguntarse si le habían mandado una secretaria vulgar o una muchacha con rayos X en los ojos, además de unas gafas diabólicas.

—Está bien —suspiró—. Sí tiene que ver todo eso con nosotros, Melody. Por eso me alejé del lugar. Mataron a un hombre. Un libanés nacionalizado británico. Servía a los ingleses. Le asesinaron por algo que sabía, para no dejarle salir de este país. Un avión abandona hoy Dhawaiq, con una plaza sin ocupar. Nunca acudirá nadie a ocuparla, porque el viajero está muerto,

—¿Cómo sucedió todo?

Se lo explicó Ernie. Ella escuchó atentamente, mientras recogía de nuevo las gafas que le tendía Ernie Mac Duff. Parecía todo inteligencia al hacerlo, como si su mente poseyera una cámara tomavistas y un reproductor magnetofónico para captar cualquier cosa que estuviese presenciando u oyendo.

—De modo que vengo a ocupar la plaza de un federal asesinado... y a mi llegada, otro hombre muere... ¿Qué sucede exactamente en Dhawaiq, Ernie?

—Si lo supiera... —suspiró Mac Duff—. Según ese hombre, Naquye, el Gobierno de este país no tiene nada que ver en el asunto, pero yo no estoy tan seguro. Hay elementos contrarios a la política del Sultán, dentro del palacio del Gobierno. El propio ministro, Taifala, es un diplomático astuto y frío, capaz de jugar con dos barajas. Y, si hace falta, con tres. Luego, hay una fuerte oposición interior en el país, contra el actual sistema de gobierno. Los rebeldes son perseguidos y, cuando se prueba su actitud antigubernamental, fusilados sin contemplaciones.

—Una férrea dictadura, ¿eh?

—Exacto. Un estado de cosas casi brutal, en un aparente mundo de calma, riqueza y bienestar nacional. Todo ficticio. Y lo malo es que nosotros, americanos o ingleses, debemos dar el visto bueno a algo que nos repugna, por dos circunstancias fundamentales.

—¿Qué son...?

—El petróleo y el principio de no intervención en asuntos internos de cada país.

—Entiendo, sí. Ahora veo que los expertos federales de Washington no exageraban.

Mac Duff la miró fijamente.

—¿Exagerar? ¿De qué habla?

Melody Marsh se lo explicó parcamente, pero con cierta

claridad:

—El inspector federal Turner, de la Oficina de Asuntos Extranjeros relacionados con la División de Seguridad Nacional y de Actividades Antiamericanas, me explicó antes de destinarme a Dhawaiq, que venía a algo muy diferente a uta paraíso de paz, riqueza y calma, En el mapa mundial, Dhawaiq no aparece con banderitas rojas que señalen un estado de emergencia o tensión abierta, pero lo cierto es que, latentemente, existe algo oscuro y temible en este país. El nuevo convenio petrolífero con las grandes refinerías del sudeste de los Estados Unidos, próximas a ser inauguradas por el presidente, lanzando al mercado mundial la nueva marca Golden Oil, en la asociación directa con las grandes marcas petrolíferas británicas, preocupa en Washington. Se teme que esa primera remesa simbólica del próximo mes, sea todo lo que Dhawaiq dé a las refinerías americanas, si algo sucede aquí. Y parecen temer que sucederá. La muerte de Smithers, les puso alerta. Ahora, lo de ese libanes, pondrá alerta a Inglaterra. Yo me pregunto: ¿hay alguien interesado en que el convenio del petróleo no llegue a realizarse?

—Puede apostar triple a sencillo a que sí —gruñó Mac Duff—. La Eastern Agency, en principio. Acaso alguna potencia, los antigubernamentales de Dhawaiq... quizá algún gubernamental también. Lo cierto es que ahora nosotros dos, usted y yo, estamos metidos en el lío. Y creo que pudieron haber hecho algo más sensato juicioso que enviar a una mujer a este país, cuando pensaron en la necesidad de buscarme un colaborador...

Melody Marsh le miró con un aire entre burlón y enigmático, sin pronunciar palabra o comentario alguno, el *jeep* siguió rodando.

Repentinamente, frente a ellos, aparecieron las famosas dunas de donde surgieran el libanés y sus agresores, pocas horas antes, al hacer Ernie Mac Duff su viaje en sentido opuesto.

Ernie, recordando los dramáticos sucesos de entonces, miró con aprensión hacia el lugar.

Y, como confirmando sus recelos instintivos, algo sucedió en las dunas, justamente ante ellos.

Una furgoneta gris, metálica, herméticamente cerrada, se cruzó ante ellos, saliendo de entre las dunas arenosas.

La furgoneta roncó cansadamente, mientras rodaba por el suelo

desértico. De súbito se detuvo. Abriéronse las portezuelas. Saltaron a la arena dos hombres por cada lado. Un par de ellos, empuñaban fusiles ametralladoras. Los otros dos, pistolas, automáticas de calibre 38.

—Será mejor que salgan de ahí con sus brazos en alto —señaló uno de los hombres en correcto inglés—. En caso contrario, les acribillaremos a ambos con su vehículo...

Y parecían dispuestos a hacerlo.

CAPÍTULO IV

ERAN dos árabes y dos occidentales. Vestían trajes tropicales, de tonos claros. Llevaban máscaras sobre sus rostros, en forma de pañuelos hasta el puente de la nariz. Los ojos, malévolos, se fijaban en ellos como pudieron haberlo hecho villanos de película. Solo que ese aspecto posiblemente cómico de la cuestión, perdía toda su comicidad relativa al aparecer apoyado en las armas de fuego, que Ernie sabía muy bien podían utilizar sin escrúpulos, justamente en cuanto él les diese un motivo.

—Será mejor que obedezcamos, Melody —hablo entre dientes Ernie Mac Duff—. Creo que buscan algo que no encontraron antes, al matar al libanés.

—¿Cree que dispararán?

—Depende de lo que busquen. Si piensan que un cadáver es más fácil de manejar que un ser vivo, es posible que aprieten el gatillo. Esté preparada para lo peor, de todos modos.

—No me gusta prepararme para morir, Ernie.

—¿Cree que a mí me gusta? —torció el gesto Mac Duff—. ¿Lleva armas?

—Sí —musitó ella. Y no pudo añadir más, porque ya pisaban la arena, obligados por la amenaza del enemigo, y los cuatro hombres avanzaban, arma en mano hacia ellos, dispuestos a lo que fuese.

—No se muevan. No intenten nada que pueda parecer sospechoso —avisó duramente el jefe del grupo—. Estamos deseando abrirlos agujeros en la piel, muchachos.

—Lo supongo —rezongó Ernie—. Pero me gustaría saber por qué.

—Usted debe tener ese “por qué” —silabeó uno de los árabes—. ¿No se lo entregó un tipo llamado Beit Naquye, antes de morir?

—Nadie me ha regalado nada —cortó fríamente Ernie—. ¿De

quién hablan?

—De nadie —suspiró el otro—. Usted se lo busca, amigo, si sigue negando. No va a convencer a nadie, de modo que pierde lastimosamente su tiempo. Y va a perder su vida, si no responde a esto: ¿dónde está lo que Naquye le entregó antes de morir?

Hubo un silencio corto. Ernie cambió una mirada de soslayo con Melody Marsh.

Ella se encogió de hombros. E inesperadamente dijo algo absurdo:

—Será mejor que aceptemos lo que ellos dicen, Ernie.

—¿Qué? —jadeó Mac Duff—. ¿Se ha vuelto loca?

—Es posible. Pero no me he vuelto idiota, como usted —habló Melody agriamente. Se volvió, para contemplar con desparpajo a los cuatro adversarios—. Les voy a dar lo que Naquye confió antes de su fin a mi amigo Mac Duff.

—¿Usted? —silabeó el árabe que parecía llevar la voz cantante en el ominoso grupo—. ¿Usted lo tiene?

—Exacto.

—¡Melody! ¿Qué está haciendo, por todos los diablos? —aulló Ernie.

—Cállese —le avisó uno de los asaltantes con rudeza. Y clavó el cañón de su arma en el torso de Ernie—. Será lo mejor que puede hacer... o callará luego para siempre.

—Sí, por favor —habló Melody—. No siga luchando contra lo imposible, Ernie. A fin de cuentas, ¿qué nos importa a nosotros lo que ese libanés estúpido, al servicio de Su Majestad británica, nos quisiera dejar de herencia, si ello hace peligrar nuestras vidas?

—¡Melody, no siga! ¿Qué está hablando, por qué revela todo lo que...?

Bruscamente, el tipo del fusil ametrallador pegó un seco golpe con el metálico cañón del arma en el pecho de Ernie, tirándole de espaldas en la arena aparatosamente.

—¡Se lo avisé! —rugió el agresor—. Dé gracias que no apreté el gatillo, estúpido. Debe dárselas a su bonita amiga; que parece cien veces más lista que usted....

Ernie apretó los labios, belicosamente. Una de las cosas que no podía soportar, era que alguien le pusiera la mano encima. Iba a

reaccionar, acaso de forma suicida, cuando Melody interpuso de nuevo su desconcertante sistema de actuar:

—Esperen. No hagan daño a mi amigo. Si continúan por ese camino, no habrá trato.

—¿Trato? No hemos hecho ninguno con ustedes. No gallee demasiado, preciosidad.

—No galleo. Sencillamente, expongo mi parte. Deben dar su palabra de que cumplirán con su parte en el pacto. Yo les entregaré lo que Naquye nos dio. Ustedes, nos dejarán ir con vida. ¿Conformes?

Los cuatro se miraron entre sí, perplejos, vacilantes. Solo uno de ellos un occidental, pestañeó con sus ojos azules, significativamente, de una manera fugaz.

—Está bien —aceptó el árabe por fin—. Pacto convenido. Es usted muy lista. Pero en esto nos mostramos demasiado generosos con ustedes, solo porque sus pellejos nos importan poco, si obtenemos lo que hemos venido a buscar. Matándoles, les arrebataríamos igualmente lo que Naquye les dio...

—No esté tan seguro —rio Melody, desafiante. Adelantó su busto juvenil, que logró atraer inevitablemente las miradas de los cuatro hombres. Era natural, desde el punto de vista estrictamente humano, pensó Mac Duff. Cualquiera hubiera hecho lo mismo frente a aquella maravilla pectoral que se dibujaba contra la blusa.

—¿Cree que eliminando a ambos no encontraríamos lo que andamos buscando? —dudó ostensiblemente el árabe de las facultades mentales de la joven.

—Creo, sencillamente, que jamás encontrarían nada, aunque me acribillaran a balazos y luego registrasen cada pulgada de mi cuerpo y mis ropas —expuso ella sencillamente—. Solo yo puedo hallar el objeto que andan buscando. Solo yo sé dónde está ahora... y mi oferta es esa: nuestras vidas, a cambio de la entrega del microfilm. ¿Hecho?

—Hecho —murmuró el otro—. Adelante con su parte en el convenio, preciosa.

Los cuatro se adelantaron, cuando Melody Marsh llevó sus manos a los botones del tórax, en su blusa azul, comenzando a soltarlos lentamente. Contuvieron el aliento, esperando lo que había de suceder.

No fue mucho, porque debajo de la blusa, Melody llevaba una prenda íntima, un corpiño color naranja que cubría sus formas. Esperaron, tras un frío aviso emitido por uno de los dos occidentales enmascarados;

—Cuidado. Si intenta algo, no vacilaremos en matarla....

—Mis armas no son destructivas —comentó ella, irónica, apoyando los manicurados dedos sobre su corpiño—. Sin embargo, aquí está lo que buscan...

Apoyó los dedos, al hablar, en una de las varillas curvadas que se amoldaban, en la prenda interior, a su seno izquierdo. Tiró lentamente, surgiendo por el orificio una especie de delgadísimo tubo o cilindro, no mayor de un milímetro de diámetro.

Lo apoyó en su mano. Lo tendió, adelantando esta hacia los cuatro personajes armados, que dificultosamente separaron sus ojos de las formas femeninas, para contemplar el elemento extraño, de aspecto vidrioso y apariencia de una simple caña para sorber un *ice cream*.

—Aquí está el microfilm —dijo ella—. Tómenlo...

Una mano nervuda y morena se adelantó, bajo la mirada cuádruple y alerta de los cañones metálicos, rígidos, a punto de vomitar la muerte al menor error de la audaz y desconcertante Melody Marsh.

Ella, en realidad, entró en acción. Pero sin un solo error. Y con pasmosa celeridad y precisión. También con una fantástica idea de la sorpresa sobre un enemigo en tensa guardia, que podía esperar cualquier cosa... menos lo que realmente sucedió,

Fue primero el leve contacto de los dedos bronceados, de la mano árabe, sobre la varilla metálica. Luego, las propias uñas bien manicuradas de Melody, al entrar en un repentino contacto mutuo, con el simple procedimiento de apiñar sus dedos...

Hubo un chispazo cegador, una luz azul, vivísima, que brotó de la palma de la mano femenina, aparentemente indefensa. Cualquier otro punto era previsto por los adversarios, como posible fuerte de acción, menos la mano que, dócil, ofrecía un objeto tanpreciado para ellos.

Pero Melody hizo actuar la mano que menos esperaba nadie. Incluido Ernie Mac Duff. Aquella mano soltó el destello azul, vivísimo, cegador. Y, junto con él, de ignorados depósitos ocultos

tras las largas, afiladas uñas laqueadas de color naranja, brotaron chorros silbantes de un sorprendente gas oscuro, pardorajizo, que envolvió a los cuatro hombres, con un acre, irritante, incisivo vapor tóxico. Sonaron toses, sollozos, jadeos. Hubo un disparo hecho al azar, cuando ya Melody, con una rapidez pasmosa, habíase dejado caer junto a Ernie, aún sobre la arena, logrando que el proyectil pasara silbando sobre sus cabezas, muy distante.

—¿Qué diablos...? —masculló Ernie entre dientes.

Y ella le frenó, advirtiéndole sordamente:

—¡Chist! El aliento... Conténgalo.

No hacía falta más. Ernie sintió rápidamente el cosquilleo en su nariz y garganta y dejó de aspirar el aire caliente del desierto, esperando el resultado final de la sorprendente, imprevista acción de Melody Marsh, su extraña compañera.

Ella apretaba los labios con fuerza, conteniendo la respiración. Un extraño brillo burlón asomaba a sus ojos. Parecía plenamente convencida del éxito en aquel raro juego, inexplicable para Mac Duff.

Cuando la nube de gas oscuro se disipó ante ellos, cuatro cuerpos aparecían tendidos en la arena, inconscientes por completo, como si un hálito de muerte hubiera pasado por allí, abatiéndoles mortalmente.

—Ya puede respirar —dijo ella, cuando unas últimas volutas de humo se perdieron, como vagos jirones, en el azul terso del cielo—. Pasó el peligro...

Ernie lo hizo a pleno pulmón, renovando el oxígeno de sus pulmones. Miró alrededor, perplejo. Se puso en pie lentamente, y trató de ayudar a Melody. Ella se irguió de un elástico salto, rechazando su auxilio.

—¿Qué es lo que hizo exactamente? —preguntó, inclinándose hacia los caídos—. ¿Envenenó a esta pandilla?

—No llegué a tanto, aunque lo merecían —rechazó ella—. Me limité a enviarles una carga de gas muy activo, un gas difícil de diluirse y dispersarse incluso al aire libre; es un tóxico limitado. Solo irrita, ataca las mucosas primeramente, inutilizando a cualquier afectado, para una simple acción coordinada, y luego termina por narcotizarlo totalmente. Dentro de una hora volverán en sí. Espero que para entonces, estén todos a buen recaudo, Ernie.

¿Les llevamos bien ligados, hasta la capital?

—De acuerdo. Los entregaremos, acusándoles de bandidaje — les arrancó las máscaras, y lanzó una imprecación al señalar a los dos occidentales inconscientes—. ¡Eh, mire eso!

—¿Qué ocurre? ¿Les conoce?

—Sí... Son dos ciudadanos belgas... Trabajan para una empresa refiriera de petróleos en Shayadh...

—Evidentemente, no estaban ejerciendo su tarea habitual en el desierto, cuando nos atacaron —declaró Melody, sardónica.

—Evidentemente —aceptó Ernie Mac Duff, rascándose el mentón con aire sombrío—. Los dos frecuentan el Foreing Club, en la capital. Allí nos encontramos a veces... Siempre creí que eran gente respetable.

—Pues cometió un error —rio ella—. De cualquier modo, iré con usted a ese Foreing Club. Promete ser interesante, si van muchos pájaros así...

—Sí, haremos una visita, esté segura —asintió Ernie. Luego, tras una duda, interpeló a la joven—: En cuanto a sus “métodos”... ¿También ese gas es obra del viejo Hoover y el Departamento de Materiales Especiales del FBI?

—También, sí.

—Evidentemente, me anticué en este rincón olvidado —gruñó Mac Duff—. No sabía que el FBI utilizara recursos tan fantásticos.

—No hay fantasía, y usted lo sabe. Solo química aplicada. Hay que combatir a los espías con sus propios métodos, Ernie. Llevo algunos trucos encima, como mis gafas y ese tuvo explosivo que deslumbra a cualquiera, intercalado en mi corpiño. Además, las uñas llevan la sustancia productora del gas narcótico. Pura ciencia aplicada, Ernie. Nada de magia.

—Sí, entiendo eso —suspiró Ernie. Se palpó el bolsillo—. Y yo, solo con mi 38 reglamentario, y un fusil ametrallador bajo el asiento del jeep. Ya lo dije: vivo anticuado...

—Yo lo pondré al día —prometió Melody.

Y con pasmosa facilidad, se inclinó, cargando con el primero de los bribones vencidos por su gas. Lo tumbó dentro del jeep. De sus muslos, que aparecieron bajo el sol como columnas de dorado bronce al levantarse la falda, salieron tiras de un adhesivo ancho y

particularmente viscoso, irrompible, que extrajo de una especie de ligüero que no tenía nada de tal por las apariencias. Así sujetó muñecas, tobillos y boca de los cuatro hombres, que cargó con Ernie, a un cincuenta por ciento respectivamente, sin aparentar la menor fatiga o esfuerzo.

—¡Cielos! —jadeó Ernie, contemplándola absorto tan pronto acabaron la operación—. ¿Qué clase de chica es usted, Melody? Solo me faltaría saber que conoce algo de judo y que tiene título de tiradora al blanco de primera clase, para desvanecerme aquí mismo...

Ella soltó una breve carcajada. Bajó la falda, cubriendo la maravilla armoniosa y escultural de sus piernas, para responder, inclinándose algo burlona hacia su compañero federal:

—No solo conozco el judo, sino también el kárate y ciertas modalidades de la lucha hindú. E, igualmente, soy tiradora de rifle, pistola y fusil de primera clase. También practico la natación, en la que he ganado varios títulos, y además de todo eso, tengo el título de periodista, practiqué la canción y la danza en diversas ocasiones, también profesionalmente, mi querido señor Ernie Mac Duff. ¿A qué espera para desmayarse ahora?

Ernie retuvo el aliento. Luego, lo soltó de golpe. Y masculló, saltando al asiento del jeep, frente a su volante:

—Solo espero a dejar a esos cuatro pájaros en manos del jefe de policía Abham... Avíseme entonces para recordarme que debo sufrir un desmayo, señorita Bond[1]...

CAPÍTULO V

—No saben cómo lamento que estas cosas hayan sucedido, señor Mac Duff. ¿Qué impresión se llevará usted de mi país... y qué consecuencias habrá sacado su colaboradora, la señorita Marsh, en su primer contacto con el Estado Independiente de Dhawaiq?

—No se preocupe por mí —suspiró ella—. He visto países infinitamente más salvajes que este. A fin de cuentas, un grupo de bandoleros del desierto, pueden hallarse lo mismo en Dhawaiq que en Egipto, Marruecos o el Líbano. Es algo inevitable, como las pandillas de los suburbios en las capitales de Occidente.

—La señorita Marsh es extremadamente amable y comprensiva para nuestros defectos —comentó tristemente Abham, jefe de policía de Shayadh, la capital y, por tanto, prácticamente de todo el minúsculo país. Meneó la cabeza, pesarosa, para añadir—: Pero tienen ustedes dos mi palabra de que sus agresores serán debidamente castigados.

—Eso es algo que afecta a las leyes de su país, Abham, de forma casi exclusiva —sonrió Ernie, pensativo—. Nosotros nos damos por satisfechos con haber tenido la fortuna de vencerles en la pelea.

—Y bien que lo hicieron —gruñó Abham, expresando una perplejidad que Ernie había advertido ya en él cuando se encontró ante los excelentes fardos humanos que eran los cuatro asaltantes—. Me gustaría saber cómo pudieron lograr tal cosa ustedes dos, sinceramente. Un hombre y una mujer... solos frente a cuatro desalmados. Inaudito.

—Se confiaron —explicó modestamente Melody Marsh—. Por considerarme una inofensiva turista, solo se preocuparon de mi jefe, el señor Mac Duff. No pensaron que una mujer, aunque deba dedicarse a las tareas de secretaria por necesidad, puede practicar deporte en sus horas libres... y llevar un arma consigo. Después de

todo, Occidente no es tan seguro como se pueda suponer, señor Abham...

—Sí, entiendo —sonrió el funcionario policial árabe—. De todos modos, les felicito. Al parecer, mi patrulla ha encontrado huellas de un reciente asesinato, no lejos de donde ustedes fueron atacados...

Al comentar esto, su mirada se hacía escudriñadora, especialmente al fijarse en Melody, pensando que la bonita americana sería mucho más penetrable que el hombre. Mac Duff sintió ganas de reír. Jamás un rostro había sido más bello y, a la vez, más inexpresivo, que en estos momentos el de la inefable criatura llamada Melody Marsh.

Era obvio que Abham se sentía defraudado, y su búsqueda en el rostro de Mac Duff no resultó mucho más afortunada. El joven americano puso un perfecto gesto de perplejidad, muy convincente.

—¿De veras? —preguntó—. ¿Otro ataque?

—Así parece —resopló el jefe de policía—. Y en esa ocasión, de resultados positivos para los delincuentes. Mataron a su víctima...

—Es lamentable —opinó Mac Duff, con aire solemne.

—Lamentable —aceptó a su vez Abham, con cierta irritación. Luego, estudió a los tíos americanos, y deseó saber—: Por cierto, señores, ¿qué pretexto adujeron para atacarles? ¿Les pidieron dinero, alguna cosa concreta...?

Aquello de «alguna cosa concreta», se prestaba a dudas. Mac Duff quiso avisar a Melody, para que no revelase más de lo prudente. No llegó a tiempo, porque ella hablaba ya resueltamente. Pero comprobó que la dama no era de las que necesitaban aleccionamientos especiales.

—Nos hablaron en lengua árabe —explicaba ella, ingenuamente—. No entendí gran cosa, salvo que creían que éramos turistas adinerados. Nos exigían algo, ciertamente. Creo que el dinero en metálico, ¿no es cierto, jefe? Concretamente, dólares o libras esterlinas...

—Sí, cierto —se apresuró a afirmar Mac Duff, no muy seguro de que Abham se tragara aquello—. Entonces fue cuando se confiaron, Melody extrajo su pistola, yo ataqué... y nos hicimos con la situación.

—Clarísimo —la voz de Abham parecía sarcástica; y quizá lo

era. Hizo un ceremonioso ademán para concluir—. Gracias de todos modos, señores. Se procesará a esos hombres por homicidio y asalto a mano armada. Espero que los fusilen en el acto. O vayan a la horca, según se considere su delito militar o civil. Ya saben ustedes que, en la actualidad, la situación de Oriente Medio no es muy segura ni pacífica. Podemos juzgar militar o civilmente a cualquiera. Y lo mismo puede ser acusado un ciudadano nativo que un extranjero, bien de bandidaje... bien de espionaje en favor de presuntos enemigos. A su disposición siempre, señor Mac Duff. Señorita Marsh... a sus pies.

Hizo una última reverencia. Se retiró.

Melody y Mac Duff cambiaron una mirada. Sacudió ella la cabeza, comentando con parsimonia:

—Cualquier ciudadano nativo... o extranjero. Bandidaje... o espionaje.

Mac Duff le hizo un rápido gesto indicándole silencio. Caminó por la habitación del apartamento amueblado al gusto oriental, de que disfrutaba en el centro de Dhawaiq, frente a la Mezquita, y no lejos de las oficinas de Acme Export and Import.

Se detuvo ante un aplique de luz de la pared. Alzó la pantalla, decorada con motivos orientales. De allí, pasó a la extensión que iba a morir en el botón de llamada para el servicio del Foreign Building. Siguió junto a las persianas del balcón-terraza para terminar en una mesita adornada con un florero. En este, flores de vivo colorido, frescas y aromáticas. Alzó el ramillete de flores, que goteó agua. Hundió la mano en el jarrón. Extrajo algo: una especie de pastilla color café, de bakelita, con una rejilla metálica, plateada, del tamaño de una moneda de diez centavos. La estudió con calma, siempre en silencio. Melody se aproximó, estudiando el objeto. No era en total mayor que una caja de fósforos. Tenía un pequeño cierre metálico atornillado. Mac Duff lo desatornilló rápido, con un destornillador extraído de su llavero.

Aparecieron dentro pequeños transistores, una antena diminuta, cables... y el micrófono empotrado. Mac Duff resopló, guiñando un ojo a la joven al tiempo que decía:

—Los piratas del desierto nos vigilan, señorita Marsh. Ellos, sin duda, han puesto aquí este micrófono transistorizado, que comunica con algún receptor a poca distancia. Recuérdele que

denuncie esto al honorable Abham, jefe de policía... Por el momento, inutilizaremos este chisme. No me gustaría ver mi vida otra vez en peligro...

Y decididamente, tiró al suelo el pequeño micrófono emisor. Lo pisoteó sin piedad, con el tacón de su zapato. El pequeño mecanismo quedó triturado.

—Lástima... —suspiró Melody, encogiéndose de hombros—. Debía ser costoso...

—Sí. Y más, en Dhawaiq —gruñó Mac Duff—. Debieron importarlo de los Estados Unidos, de Inglaterra o de Rusia. No creo que haya más por la habitación...

—Alguien se llevará en estos momentos un buen berrinche —rio entre dientes Melody, con un brillo divertido en sus ojos color esmeralda turbia—. Además de romperles una pequeña fortuna, ha dejado usted su receptor en silencio...

Mac Duff soltó una carcajada sarcástica, sin añadir ningún comentario al de su nueva compañera.

* * *

—¡Ha dejado el receptor en silencio!

—¡Por todos los diablos! ¿Qué significa...?

—Creo que lo destrozó. He oído crujir el micrófono, antes de enmudecer...

Se miraron los tres hombres. El escucha, con los auriculares en sus orejas, sentado ante el pequeño receptor de radio, en el sótano débilmente iluminado; el que hacía girar el magnetófono, en espera de algo importante que grabar. Y, por último, el muy honorable jefe de policía de Shayadh, el funcionario oficial Abham.

—Ese americano... —refunfuñó este último—. Sospeché algo, es evidente. No era fácil dar con el micrófono transistorizado dentro del jarro de flores...

—Yo sigo opinando que hubiera estado mejor en el interruptor de la luz —aseveró el escucha, quitándose los auriculares con gesto de ira—. ¿Qué hacemos ahora?

—Vigilarles —Abham parecía malhumorado. Sus ojos oscuros centellearon—. Vigilarles muy de cerca. No creo una palabra de esa historia que me contaron.

—¿Han dicho algo los prisioneros?

—Todavía nada. Pero espero que digan algo, interrogados a fondo —y su malignidad al decir esto último, dejaba entrever algo poco tranquilizador para los prisioneros—. El otro atacado se identificó ya. Era un libanés con pasaporte británico, un tal Beit Naquye...

—¿Espía?

—Creo que sí.

—¿A favor...?

—¿Y yo que sé? —se irritó Abham—. Esos americanos tuvieron algún contacto con el libanés, no sé cuál. Saben algo, y por eso fueron atacados. Hasta que no desenrede la madeja, no pararé. El primer paso, es iniciar el interrogatorio de los detenidos. Hace un momento, uno de ellos aseguraba que esa mujer es el diablo en persona veremos lo que hay de cierto en eso...

Se encaminó a la puerta del sótano. Antes de llegar se abrió la puerta. Apareció un funcionario de la policía local, que saludó correctamente a su jefe. Este le estudió de hito en hito.

—¿Qué hay? —preguntó abruptamente Abham—. ¿Alguna novedad?

—Los prisioneros, señor...

—¿Qué hay con ellos? —se inquietó el funcionario de policía.

—Alguien arrojó a su celda, desde el exterior, un objeto parecido a una pelota de tenis...

—¿Y bien?

—Estalló de repente, entre las manos de uno de ellos. Le destrozó por completo. También a los demás. Han muerto tres en el acto. El cuarto... está agonizando y...

—¡Maldito...! —aulló Abham, iniciando una carrera—. ¡Vamos allá! ¡Tiene que hablar el superviviente, tiene que decirnos algo antes de que muera...!

—Lo veo difícil, señor —explicó el policía nativo—. La explosión... le hirió la boca... y destrozó su lengua...

* * *

“Alguien se llevará en estos momentos un buen berrinche —acababa de decir la voz de la mujer, tras el chasquido del objeto

pisoteado—. Además de romperles una pequeña fortuna, ha dejado usted su receptor en silencio...”

Siguió una pausa. Se miraron los escuchas. Sonrieron. Sus auriculares emitían zumbidos, pequeños ruidos, jadeos, pisadas. Funcionaba perfectamente todo.

Esta habitación no era un sótano, ni mucho menos. En realidad, se trataba de una habitación gemela a la del apartamento de Ernie Mac Duff en el Foreign Building, ante la Mezquita. Muebles confortables, occidentales, decoración moderna, acogedora ventiladores que distribuían un amable aire fresco por la sala, sobre las cabezas sudorosas de sus ocupantes...

Eran dos. Solo dos hombres. Uno, grueso, seboso, de ralos cabellos rojizos, cortados a cepillo, y gafas oscuras, redondas, montadas sobre un carilleno y enrojecido. El otro, más delgado y alto, rubio y anguloso, de fríos ojos azules, cigarrillo con boquilla de plata y hueso, traje claro, muy holgado, y sombrero panamá color crudo, encima de una cabeza casi calva, de lacios pelos color gamuza.

Se miraron significativamente, en el silencio que siguió. El zumbido, por el altavoz, era muy tenue, pero continuado. Era como si muy cerca del micrófono instalado en la vivienda de Mac Duff, hubiese unas aspas de avión zumbando constantemente.

Tras la pausa, las voces reanudaron su charla con aire indiferente:

—Señorita Marsh, la invito a cenar.

—¿De veras? ¿Hay algún buen restaurante en esta ciudad?

—Hay dos buenos restaurantes. Uno, para los potentados árabes. Otro, para los turistas. Iremos al segundo. La cocina árabe no es de mi gusto.

—Acepto encantada. Espero, que allí, no haya micrófonos...

—Buscaremos a fondo en la sopa, por si acaso —rio Ernie entre dientes.

—¿Por qué ocultó Abham que usted atendió al hombre muerto, cuando acababa de ser atacado? —indagó de repente Melody.

Los dos escuchas se irguieron, sobresaltados. Cambiaron una mirada expresiva, y aguardaron impacientes la respuesta.

—Porque no me gusta informar a nadie de mis cosas —rechazó

Ernie, malhumorado—. No confío en nadie. Ni la policía es de fiar en estos sitios. La política de los países como Dhawaiq es sumamente complicada y extraña.

—Entiendo, sí. ¿No cree en la lealtad de nadie para con el Gobierno?

—Exacto. Abham parece fiel al sultán. Mañana, puede ser su enemigo y elevar el poder a otro... o elevarse a sí mismo. Así son las cosas.

—¿Qué tal persona es el sultán?

—No le conozco gran cosa. Es afable, cortés, educado y con amplia cultura, obtenida en Occidente. Para algunos, es un traidor a su patria, que vende el petróleo al extranjero y dilapida los beneficios, en vez de mejorar el nivel de vida del país. Para otros, un inteligente estadista, que obtiene los mayores beneficios posibles de la única fuente de riqueza del país, y va llevando a este a una gradual posición de estabilidad económica y social.

—¿Quién tiene razón, a su juicio?

—No sé. Tal vez todos. O ninguno. Son apreciaciones apasionadas. Mi tarea no es estudiar la política local, señorita Marsh.

—Claro. Su tarea es exportar e importar productos. Pero sigue sin hablarme de lo que sucedió en el desierto. Aquel hombre... ¿habló con usted?

—Sí —convino fríamente Ernie.

—¿De qué? ¿Qué le dijo?

Los escuchas estaban alerta, en tensión constante. Ernie Mac Duff, a través del altavoz, hizo llevar su risa suave hasta ellos.

—Eastern Agency —recitó de pronto Mac Duff.

Los dos hombres del apartamento vecino, soltaron una imprecación. Dieron un doble respingo que, no hubiese salido más simultáneo. Se miraron, huraños.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Melody.

—Eastern Agency. Eso es lo que mencionó el hombre, al morir. Dijo que ellos eran sus asesinos.

—¿Y qué es la Eastern Agency?

—Alguna sociedad secreta, según imagino. También habló de... de un microfilm...

Las miradas de los escuchas se dilataron. Inclináronse, sin respiración, en espera de lo que iba a seguir. Melody hablaba ya:

—Un microfilm... Sí, de eso hablaron mucho los asaltantes. ¿A que se referían?

—No sé exactamente —mentía Ernie en ese instante—. Desde luego, el fugitivo, el hombre que iba a huir de Dhawaiq, no llevaba consigo el microfilm. Pero me habló de él, me dijo que estaba aquí, en el país... y me dijo también algunas cosas más, acaso una clave para dar con el dichoso microfilm...

—¿Qué cosas?

—Habló de un tal Max Carrados. Y dijo que...

—Un momento, Mac Duff —cortó de pronto Melody.

—¿Qué ocurre?

—Me parece que nuestros amigos deben haber escuchado ya suficiente. ¿Por qué torturarlos más? Debería desconectar ya el micrófono oculto en el ventilador...

—¿Qué? —sonó la voz estupefacta de Mac Duff.

—Es fácil. Deme esa silla. Así... —hubo un silencio, una serie de zumbidos, se interrumpió el mosconeo de las aspas del ventilador, y alguien manipuló cerca del micrófono emisor. Sonaron ruidos, golpecitos. De súbito, una risa burlona llegó hasta ellos. Una risa de mujer, con una despedida sarcástica—: Adiós, caballeros... Ha sido un placer hablar para ustedes...

Luego, un chasquido seco... y el silencio se hizo total en el altavoz y los auriculares.

Los dos hombres se contemplaron, furiosos. El de los auriculares, tiró estos al suelo, exaltado. Se incorporó de un salto, con la faz más enrojecida que antes.

—¡Esos puercos americanos! —aulló—. ¡Lo sabían! ¡Sabían cine estaba ahí nuestro micrófono! ¡Han estado burlándose de nosotros...!

—Son muy listos —refunfuñó su compañero sombríamente—. Y muy amigos de las bromas. Se han divertido a costa nuestra. Bien... Espero que no se enfaden demasiado, si ahora somos nosotros los que nos divertimos a su costa... De cualquier modo, hablaremos con Max: ya oíste a ese tipo, a Mac Duff... Sabe que la Eastern y Carrados están en el asunto. Y habló del microfilm...

Se encaminó al teléfono. Lo alzó, pidiendo entre dientes a la centralilla del edificio:

—Por favor, con Norte 22-17. Enseguida...

—Un momento, señor —respondió la telefonista suavemente—. Le pongo en el acto...

Abajo, en la centralilla del edificio, la morena, opulenta empleada del teléfono, una joven árabe de indumentaria totalmente occidental, alzó la cabeza hacia el mostrador, y sonrió al joven inclinado sobre este.

—Una llamada, señor. A Norte 22-17. Del apartamento 19, en su mismo piso... ¿Era eso lo que esperaba?

Ernie Mac Duff, con una dura sonrisa, tendió a la telefonista un billete doblado. Era de cinco dólares. Ella, risueña, lo tomó, guardándolo con rapidez entre sus manos.

—Sí —dijo Ernie—. Tiene que ser esa, gracias...

Y subió a grandes zancadas de nuevo, por la misma escalera por la que descendiera veloz, en el mismo momento de desconectar Melody el micrófono del ventilador. Solo hacía un momento que había pedido a la telefonista:

—A la primera llamada que hagan al exterior desde este edificio, avíseme, por favor. Y tome nota del número adonde llaman...

Alcanzó el corredor de su piso, el primero del edificio. Pasó junto a la puerta número 19. Allá, al fondo, en su propio apartamento, aguardaba Melodía en tensión, con mirada pensativa.

Ernie señaló la puerta número 19. Ella entendió en el acto. Con una dura sonrisa, alzó su blusa. Sobre el estómago, un poco lateralmente, una pequeña pistola iba adherida con cinta amplia de esparadrapo, en su propia carne. Empuñó el arma y se movió hacia la puerta diecinueve resueltamente.

Ernie oyó en el interior el clic suave de un teléfono al ser colgado. La conferencia había sido breve. El número, lo recordaba perfectamente: Norte 22-17.

Sin vacilaciones, señaló la cerradura. Melody Marsh estaba ya junto a él. Sonrió ella, alzando su arma. Apuntó a la puerta. Mac Duff observó que el arma, aunque achatada, tenía un curioso cañón cónico, remachado en un cilindro angosto.

—Silenciador especial —explicó ella en un murmullo—. Y máxima potencia destructora a corta distancia...

Aplicó el arma a la cerradura. Apretó el gatillo...

El estruendo apenas fue superior al de una botella al romperse contra el suelo. En cambio, la cerradura colgó hecha jirones humeantes de hierro retorcido, en lamentable estado. Ernie cargó con el hombro, y la puerta cedió. Penetraron ambos en la alcoba, violentamente.

Los dos hombres se retorcieron, aturridos. El más alto, aún estaba con la mano sobre el teléfono cuando ello sucedió. El otro, se quedó a medias en la tarea de guardar dentro de un maletín su equipo de escucha radiofónica.

—¿Qué diablos significa...? —comentó irritado el segundo, clavando su mirada de asombro en los americanos, a través del oscuro vidrio de sus redondas gafas.

—Significa que van a explicar esto a la policía de Dhawaiq, caballeros —acusó fríamente Ernie, apuntándoles con su 38 reglamentario—. Creo que las leyes de este país, prohíben espiar conversaciones y vidas privadas por medio de ingenios radiofónicos...

—¿Se han vuelto locos? —argumentó el más delgado de los dos hombres, fingiendo un gran estupor y escándalo—. No sé quiénes son ustedes, ni con qué derecho han allanado nuestro apartamento y...

—Todo eso, se lo dirá al jefe de policía Abham —señaló Ernie al teléfono—. Señorita Marsh, llame a la oficina de policía,

—Con mucho gusto —asintió ella, complacida, cruzando la habitación imperturbablemente.

—¡Espere! —jadeó el hombre gordo, extendiendo, su mano—. En todo esto, evidentemente, hay un error... Pero no me gusta resolver las dificultades con la policía. Especialmente, en los países árabes, señor. Todos somos occidentales. ¿Por qué no tratamos amistosamente la cuestión y llegamos a un acuerdo?

—¿Qué acuerdo? —se interesó Mac Duff, pensativo.

—Dinero... o lo que sea —sonrió la cara gordinflona y apoplética del pelirrojo—. Ustedes dos no parecen tontos, ni mucho menos. ¿Qué esperan obtener metiéndonos en líos a nosotros? Si

nos acusan de algo como lo que ha dicho antes, el máximo que logrará es que nos condenen a una multa y un mes de prisión. ¿Ganaría algo con ello?

—¿Ganará algo sin ello? —replicó vivamente Ernie.

—Es posible que sí —repuso a su vez el hombre enjuto, de ojos azules y panamá color crudo.

—¿Qué?

—Nuestro aprecio y amistad. Puede valerle de mucho...

—¿Por ejemplo...?

—Una entrevista con un buen amigo: Max Carrados. Usted habló de él, ¿no?

—Sí, hablé de él. ¿Qué sacaría yo de una entrevista con Max Carrados?

—Mucho dinero. Y posibilidades. Grandes posibilidades para los dos: la señorita y usted.

—¿Llamo a la policía? —preguntó Melody, inflexible desde el teléfono, ya con los dedos de su mano izquierda sobre este.

—Un momento —cortó Ernie, reflexivo. Miró a ambos hombres. Afirmó despacio, al fin—: Sí, está bien. Acepto el trato. Veremos al amigo Max Carrados.

—¡Bravo! —suspiró el gordinflón, con evidente alivio—. Venga con nosotros. Tenemos un coche abajo. Le llevaremos a...

—No —cortó Ernie—. No me gusta hacer visitas. Le tengo alergia. Mejor que vengan a mí los visitantes.

—No entiendo...

—Está claro. Ustedes dos van a firmarme ahora un papel, admitiendo que espiaban con micrófonos y sistema de radio en mi apartamento.

—¡No!

—Entonces, no hay trato. Llame, señorita Marsh. Pregunte por el jefe Abham y...

—Está bien, está bien —atajó presuroso el hombre alto—. Deja que pongan condiciones, Flip. Parece que ellos mandan ahora. Firmaremos eso, amigo. ¿Qué más?

—Se irán sin que nadie les moleste. Hablarán con su amigo Carrados. Dirán que le espero. Pongamos por ejemplo... esta noche, en el Fátima. Después de la cena. Tomaremos café y brandy. Y

charlaremos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —resopló el llamado Flip—. Adelante, Lyle. Firmemos eso, y vamos a ver a Max. No va a gustarle nada todo esto. Pero espero que vaya a verle al Fátima.

—Irá —rio Mac Duff—. Si no, su confesión irá directamente a manos de Abham, justo a medianoche, para que él obre en consecuencia. Sus documentos, por favor. No aceptaré firmas falseadas...

—Piensa en todo, ¿eh, americano? —farfulló Flip, malhumorado.

—Casi en todo —rio Ernie. Comprobó que los hombres se llamaban, respectivamente, Flip Jason y Lyle Knotts, y tenían ambos pasaporte australiano. Les hizo firmar un breve texto redactado por él. Luego, guardó el documento, con una mueca, y concluyó apaciblemente—: Ahora, caballeros, mis respetos a Max Carrados... y hasta esta noche, a las once, en Fátima... Vamos, señorita Marsh. Tenemos mucho que hacer todavía, antes de saber lo que la fortuna nos reserva, al haber hecho estas buenas amistades...

Burlonamente, ambos se inclinaron en ceremonioso saludo, y abandonaron el apartamento con aire risueño.

Una vez en el suyo propio, Ernie Mac Duff descolgó el teléfono sin perder momento.

—Señorita, con Norte 22-17 —pidió—. Enseguida.

La telefonista respondió amablemente. Había recordado su voz. Estableció la comunicación con rapidez. Al otro extremo del hilo, repicó un timbre repetidamente.

—¿Diga? —preguntó una voz varonil, al descolgar el teléfono, expresándose en inglés perfecto.

—¿Es la Oficina Nacional de Comercio? —preguntó ingenuamente Mac Duff.

—¿Cómo? No, no, aquí no es...

—Oh, perdone... ¿Está seguro, señor? Me dieron el número Norte 22-17...

—Pues se lo dieron equivocado, o usted lo temó erróneamente. Este es Norte 22-17, ciertamente, pero no es la Oficina Nacional de Comercio, señor.

—Pero ¿será algún departamento dependiente de Comercio, no...?

—No, no, es absurdo —resopló la voz, irritada—. Esta es la Export Arabian Oil, señor, asociada a la New National Oil Corporation de los Estados Unidos. ¿Está satisfecho ya?

—Por supuesto. Perdone, y muchas gracias... Seguramente es el 17-22 adonde debo llamar yo... Buenastardes, señor, y gracias de nuevo...

Colgó, con una breve risa emitida tras cortar la comunicación. Miró a Melody que enarcaba las cejas, pensativa.

—La Export Arabian Oil... ¿A quién llamaron esos fantoches antes? ¿A Carrados, o a algún otro pez gordo metido en este embrollo...?

Se encogió de hombros. Se quitó la americana, y sonrió a Melody.

—Puede ir a su apartamento a arreglarse —dijo—. Es el 16. Recuerde que hemos de cenar en el Fátima esta noche. Y después, charlar con un caballero llamado Max Carrados... que está relacionado con el hombre asesinado en el desierto. Y con un microfilm valioso...

Melody asintió lentamente. Tras sus falsas gafas, los ojos verdes chispearon maliciosamente.

CAPÍTULO VI

—**E**N la sopa no había micrófonos —rio Ernie Mac Duff—. Y tampoco en el café...

Melody sonrió, dando vueltas al azúcar en su taza de aromática, negra infusión. Sus ojos se deslizaron, astutos, por los verdes palmones de la decoración tropical, frondosa, en torno suyo. Y más allá incluso, en las azuladas cúpulas y minaretes de Shayadh, bajo las estrellas y el cielo de un suave, opalino azul.

—Me pregunto si no estarán en sitios más adecuados que ese —objetó ella, con gran sentido práctico.

Ernie se encogió de hombros, sorbiendo su café con calma.

—Hay tantos lugares donde ocultar un micrófono, que no merecía la pena molestarse en buscarlo —juzgó con ironía—. Es mejor que hablemos libremente, Melody.

—Hemos hablado poco. ¿De qué podemos hablar ahora, mientras llega nuestro común amigo Max Cañados?

—De... de cualquier cosa. Del propio Carrados, por ejemplo.

—Hablemos —suspiró ella—. ¿Quién es?

—¿Carrados? Mientras usted se vestía para cenar, he pedido informes al departamento del Estado de Dhawaiq. Tengo un buen amigo allí. Me han explicado quién es el caballereite.

—Explíquemelo usted a mí ahora, antes de tener el gusto de verle en nuestra mesa ahora...

—Disgusto más bien, Melody. Es un aventurero. Un granuja internacional, con apariencia de hombre respetable, dinero en abundancia, amistades importantes, relaciones en muchos países, y un pasado sumamente oscuro. Aquí, concretamente, está como técnico en publicidad de la New National Oil Corporation, para el lanzamiento de su nueva marca de lubricantes y combustibles "Gold", que será manufacturada simultáneamente en Estados

Unidos y en los países del Oriente Medio, a través del convenio con la Export Arabian Oil Co, de Dhawaiq, que enviará bidones de petróleo crudo a las refinerías de la costa Atlántica de Norteamérica, así como a la refinería provisional del golfo Pérsico, cuyos servicios utilizará indistintamente la Gold para sus bidones de oro.

—¿Bidones de oro?

—Un truco publicitario como otro cualquiera. Envases dorados, atractivos, con una etiqueta o sello en esmalte rojo con las palabras; GOLD! Best in the world! [2], aplicable a modalidades desde gasolina para automóviles, petróleos, aceites, gasoil o nafta, a extender por el mundo. La marca “Gold”, en realidad, estará patrocinada en realidad por los grandes *trusts* norteamericanos del petróleo, bajo control del Estado, y con la cooperación económica de los financieros de las grandes firmas petrolíferas del país.

—¿Y Carrados, un aventurero vulgar, se ha metido en eso?

—Ya se lo dije: no es vulgar. Ni mucho menos. Es inteligente, sin escrúpulos, activo y culto. Pero cruel y despiadado como ninguno. Cuando él se mete en algo, es que hay mucho en juego. Pero hasta hoy, nunca se metió en cuestiones de petróleos,

—¿Actúa por su cuenta?

—Jamás. Por cuenta ajena. Siempre hay quien paga. Y paga bien. Carrados es el hombre de paja.

—¿De quién?

—Puede ser de otro hombre, de un *trust*, de un país, de una gran potencia mundial incluso... o de un movimiento fanático, pongamos por caso.

—¿Movimiento fanático? ¿Adónde va a parar?

—A Eastern Agency.

—Oí hablar antes de eso. ¿Qué quiere decir?

—Resulta difuso eso de Agencia del Este. Y, a la vez, concreto. Terriblemente concreto. En el Este del mundo, en Asia concretamente, hay una agencia internacional de diversas aplicaciones. Especialmente dos: inteligencia y espionaje.

—¿Al servicio de...?

—Indefinido —se encogió de hombros Ernie—. Lo de Este no es exacto en ese sentido de la palabra. No está claro que sirva a la

URSS, o Pekín o al Vietcong, pongamos por caso. No. La Eastern Agency sirve a quien paga. Siempre al que mejor paga. Sea quien sea. Se supone que está formada, en su... digamos, consejo administrativo... por apátridas, renegados, financieros sin sentimiento edificante a nadie, y gentes así,

—Muy inteligente.

—Mucho. En el departamento de Estado de Dhawaiq, no tienen prueba alguna contra Carrados. Oficialmente, no le pueden expulsar del país. Pero le vigilan. Al menor pretexto, le pondrán en la frontera. Mi amigo es de los que creen que Carrados es aquí una especie de agente de la Eastern Agency, cuya sede central se supone en Hong-Kong...

—Y usted... ¿qué cree?

—No sé —confesó Mac Duff—. No conozco a Carrados... todavía.

Melody consultó su reloj de pulsera. Enarcó las cejas color cobre.

—Son las once... Me temo que su invitado de honor no acudirá a la cita. ¿Esperaba que viniese realmente?

—Sí —Ernie miró su reloj, pensativo—. Lo esperaba, la verdad. Voy a sentirme muy defraudado si...

Los cafés, los vidrios de la vajilla sin retirar aún, la botella de buen vino, mediada todavía, las copas de licor... Todo saltó en pedazos, salpicando a los comensales, en medio del trallazo áspero, seco, contundente...

—¡Melody! —aulló Ernie—. ¡Al suelo!

Empujó violentamente la mesa cubierta de vidrios, de agua, de vino, de café de brandy. Con ella, derribó al suelo a Melody y su asiento, a la vez que él rodaba también por las baldosas de la terraza del Fátima. Una serie de púas de acero peinaron los setos verdes, bien recortados. Sonaron estallidos lejanos, agrios, sordos. Hubo fogonazos en alguna parte indefinida, reflejándose en las mismas lunetas de las gafas de Melody, en los mil vidrios que alfombraban, cómo nieve cristalizada, la terraza donde poco antes cenaban ambos apaciblemente.

Melody y Ernie se miraron, separados solamente por la curva de la mesa volcada, el mantel arrugado, un jarrón de flores sin

micrófonos...

—Disparos con teleobjetivo —explicó ella, tajante.

—Sí, eso creo —suspiró Ernie—. Apuntaron bien. Les falló por poco. Tal vez, después de todo, el amigo Carrados fue más puntual de lo que esperábamos...

—Es lo que estaba pensando —asintió Melody. Escudriñó más allá de los setos, a las sombras de la noche, los minaretes y cúpulas, las estrellas acaso. Manifestó, concisamente—: Quien sea, dispara desde el balcón de aquella cúpula...

—¿Qué cúpula?

—La que está situada a la derecha. Ante los dos minaretes...

—Es un templo...

—No importa. Fue allí.

—¿Está segura?

—No me equivoco en cosas así. Vi los fogonazos, la sombra del tirador...

—Entiendo. ¿La visual telescópica...?

—Eso es. También ellos tiran con mira telescópica. Nos tenían bien enfilados...

Ernie miró, irritado, hacia aquella cúpula, sin descubrir indicio alguno de que Melody estuviese en lo cierto. Pero había aprendido a no dudar de sus indicaciones. Señaló, malhumorado, sin moverse del suelo, empuñando su 38, tan inofensivo a aquella distancia como un juguete:

—Me gustaría disponer también de un arma telescópica en este momento...

—¿Solo eso? —rio entre dientes Melody—. Es fácil.

Ante la mirada estupefacta de Ernie, estiró el brazo tras el seto protector, aferrando su bolso, caído no lejos de ella. El movimiento de Melody Marsh agitó la hojarasca del seto. Poco, pero lo suficiente para que en la cúpula brillara un fogonazo.

Otro proyectil zumbó sobre sus cabezas. Atrás, a su espalda, un vidrio de la terraza se quebró en mil pedazos. Un camarero echó a correr, soltando la bandeja que llevaba consigo.

Melody había logrado alcanzar el bolso, al precio de sentir la bala enemiga rozando la cima de su peinado. Lo abrió. Era algo voluminoso, de lamé plateado y azul.

Pero nunca esperó Ernie que su interior alojara semejante carga.

La joven extrajo un tubo extensible que se alargó en sus manos. Luego, lo que parecía un estuche de manicura o maquillaje, al abrirse, mostró dentro una culata, una pieza gatillo con guardamontes, y una rosca que se ajustó matemáticamente al tubo anterior. De un estuche de cigarrillos, surgió un peine de balas de mediano calibre. Una barra de *rouge* labial, desprendida velozmente de su dorado estuche, se distendió, en un aplique telescópico que ajustó sobre el tubo-cañón. Era un arma manejable, un rifle chato por completo, que puso en manos de Ernie, sonriendo.

—Su arma con mira telescópica, Mac Duff —habló sencillamente—. Dispare...

Dominando su enorme estupor, Ernie tomó el arma increíble, tan desmontable como una mesa de camping. Apoyó la culata en su hombro. Alzó aquel curioso rifle. Sorprendido, observó que la mira telescópica, además de nítida, precisa, y minuciosamente graduada, ofrecía la particularidad de un objetivo luminiscente, que silueta el blanco, allá en el fondo.

El blanco formado por la silueta de un hombre provisto de rifle, tras el balaustre blanco, de piedra, de la cúpula situada frente a ellos.

Ernie apretó el gatillo. Disparó.

Aquel arma tenía un mínimo de reacción al disparo, Apenas si se desvió al hacer fuego, pese a su aparente ligereza. Parecía poseer un sistema de suspensión especial, para el cañón y la mira telescópica, en el momento de disparar el proyectil.

A través de la lente, descubrió que el hombre de la balastrada blanca se agitaba de repente, en una especie de bailoteo grotesco. Su rifle cayó de las manos, se perdió abajo, en la calle y en las sombras. Luego, él mismo se hizo un ovillo, golpeó la cúpula, fue contra la balastrada, y al tratar de aferrarse a ella para no caer, lo único que logró fue asomar medio cuerpo afuera. Osciló y cedió por fin.

Dando tumbos en el vacío, se perdió en la oscuridad. En alguna parte del empedrado, se estrelló con un impacto lejano e inaudible. Ya, ninguna otra arma disparó en la apacible, tórrida noche de Dhawaiq, bajo las estrellas de las fronteras ecuatoriales.

—Se terminó —resopló Ernie, frotándose el mentón. Y

contempló, asombrado aún, la fantástica arma que tenía entre manos—. Se terminó...

—Buen tino, Mac Duff —le felicitó ella—. Enhorabuena, jefe.

—¿De dónde sacó esto? —agitó el arma, antes de devolvérsela—. ¿Otra genialidad de los técnicos de Washington?

—Eso es —rio Melody, divertida, comenzando a desmontar el arma, con igual celeridad y eficiencia que hiciera la operación inversa—. Práctica, ¿verdad?

—Mucho —rezongó Ernie. Sacudiendo la cabeza, confuso—. Es evidente que me he atrasado en los métodos, metido aquí, en este rincón, olvidado de la geografía árabe...

—Eso nos ocurre a todos... —susurró ella, empezando a incorporarse, y frotando sus rodillas, quizá para quitar el polvo que pudiera haberse adherido a su traje de noche, oscuro y elegante—. Se puede decir que, en nuestra época, mañana estará anticuado todo lo que hoy nos parece revolucionario...

—Puede que sea eso... —hizo un gesto escéptico—. No le discutiré eso, Melody. Pero ciertamente, usted es una especie de caja de sorpresas. Nunca se sabe qué va a sacarse de la manga...

—Ahora, solo una observación —guardó los elementos del arma, y cerró el bolso con un suave golpe, señaló atrás, a las vidrieras de la puerta balcón de la terraza—. Creo que su amigo Max Cerrados ha llegado, aunque un poquito tarde.

Ernie se volvió. Nunca había visto antes de ahora a Max Carrados. Pero, lo mismo que Melody, estuvo plenamente seguro de que aquel hombre era Max Carrados.

—Buenas noches —saludó él impasible, deteniéndose frente a la mesa volcada—. ¿Disculpan mi pequeño retraso?

* * *

Era moreno, elegante, impecable. Demasiado impecable, incluso, para resultar natural. Asíptico, se dijo Ernie describiría bien al caballero Carrados. Desde su bien peinada, su lisa cabellera oscura, hasta sus dientes nítidos, como un doble teclado de marfil entre los labios sensuales, bajo el fino bigote negro, bien recortado sobre el color yodo de su faz nervuda, angulosa, deportiva, de acerados ojos sarcásticos. El smoking, de pantalón azul oscuro y

chaqueta blanca, resultaba perfecto al maniquí esbelto de su figura.

Parecía sorprendido con la escena, con el desorden y destrozo reinantes. Solo lo parecía. Ernie juzgó que era un buen actor, pero nada más. Aparte de eso, el rabillo del ojo de Carrados fue indudablemente hacia la cúpula frontal, como intentando averiguar lo sucedido. Después, su escudriñadora ojeada al suelo, a las manos de los dos agentes, a los setos, parecía indicar la búsqueda curiosa del arma capaz de abatir al enemigo emboscado a distancia...

—Creo que fue casi puntual —suspiró Ernie, con sarcasmo, poniéndose en pie y sacudiendo el polvo de sus ropas con aire apacible. Ayudó a Melody a alzar su asiento, levantó también el suyo propio, y luego aguardó a que los camareros hicieran lo mismo con la mesa. Pero expuso su criterio a Carrados, sin mirarle apenas—: Creo que alguien arruinó la hora apacible del café, señor Carrados. ¿Qué tal si vamos adentro y tomamos algo en el bar del restaurante?

—Perfecto —la dentadura de Max Carrados pareció flotar en su faz de bronce oscuro—. Así no sufrirá la señorita el relente de la noche...

—El relente, sí —sonrió Melody, acogiendo su cortesía con aire burlón—. Hay veces en que resulta particularmente molesto, señor Carrados...

Se encaminaron los tres al interior. Los camareros, un *mâitre* libanés, algunos otros clientes occidentales como ellos, se interesaban por lo ocurrido en la terraza. De todo se evadió hábilmente Ernie, llevando a Melody y a Carrados hasta un pequeño bar iluminado tenuemente, donde pidió nuevos cafés y copas de brandy para tres.

—Yo pensaría, señor Mac Duff, que ustedes suponen algo de mí —dijo de pronto Carrados—. Como, por ejemplo, que yo les envié ese agresor nocturno...

—¿No lo hizo? —sonrió sibilino Mac Duff.

—¿Por qué había de hacerlo? —se encogió de hombros su invitado—. ¿Solo porque usted amenace a unos buenos amigos míos con la cárcel y el escándalo, descubriendo sus pequeños trucos de información?

—Información sobre nosotros —argumentó secamente Ernie.

—Bien, me gusta informarme sobre todo el mundo en Dhawaiq.

—¿Por qué? —interpuso Melody apaciblemente.

Carrados la miró. Su cortesía aparente era exquisita. Pero los ojos del hombre estudiaban a la dama sin demostrar excesiva confianza hacia la debilidad de su sexo, o admiración por sus evidentes atractivos de mujer.

—Ustedes son importantes para mí, y para cualquiera —señaló Carrados—. Cualquiera que viva en Dhawaiq, naturalmente.

—Vuelvo a preguntar: ¿por qué?

—Son ustedes norteamericanos. Y, además, se dice que son agentes del FBI.

—¿Quién lo dice? —no se descompuso nada en el rostro de Ernie o de Melody.

—Amigos míos —vagamente, se encogió de hombros Carrados, con su sonrisa felina flotando en los labios carnosos—. Amigos bien informados, señor Mac Duff. ¿Esperan engañar a alguien con eso de la Acme Export and Import?

—A la Eastern Agency... vez —rio entre dientes Mac Duff.

Las cejas de Carrados se arquearon. Tampoco él se descompuso. Incluyó la cabeza.

—Golpe por golpe —señaló—. Pero yo no niego nada.

—Yo tampoco he negado. Me limité a preguntar.

—Concretamente, señor Mac Duff: ¿qué quiere de mí...?

—Debería ser yo quien preguntara eso: ¿qué quiere usted de mí? Sus hombres me dieron a entender que pactase con usted, antes de hacer nada contra ellos.

—Mis hombres no saben que ustedes son del FBI. Jason y Knotts son... dos pececitos sin importancia. Y no demasiado inteligentes, desde luego. ¿Es posible un convenio entre el FBI y la Eastern?

—No dije que fuese del FBI, Carrados —le recordó Mac Duff—. Son teorías suyas.

—Smithers era del FBI. Y murió —suspiró Max—. Su profesión era arriesgada, Mac Duff.

—La suya también —objetó fríamente Melody—. He visto morir a muchos espías. Y a bribones internacionales, asesinos y estafadores.

—No soy nada de eso, señorita —los ojos de Carrados se clavaron malévolos en ella—. De modo que mi vida no peligra

tanto como la de un agente americano en tierras lejanas a Washington...

—Es cuestión de suerte. Y de acierto —dijo Melody encogiéndose de hombros—. ¿Vamos, Mac Duff? Creo que el señor Carrados no va a hacernos sustanciosas ofertas para deslumbrarnos.

—A un señor Mac Duff y una señorita Marsh que supieran demasiado, se lo haría. Pero a dos agentes federales que no saben lo suficiente... no creo que pueda convencerles una oferta de Max Carrados —rio él—. Ni siquiera... del orden del millón de dólares.

—¿Tanto? —silbó Mac Duff—. Debe ser importante.

—¿El qué?

—Lo que lleva usted entre manos. Pero tiene razón. No, ni siquiera por un millón.

—En ese caso, muchachos, créanme. Salgan de Dhawaiq lo antes posible. No se metan en esto. No les concierne a ustedes.

—Todo lo que concierne a los Estados Unidos, nos concierne a nosotros. Y el petróleo de este país también va a los Estados Unidos... Usted está en el petróleo, ¿no? Pues nos concierne. Y muy directamente, Carrados. Aunque no seamos del FBI, como usted dice.

—Bien —Max inclinó la cabeza, risueño. Apuró su café. Dejaba aún media copa de brandy al erguirse, dispuesto a abandonar el bar tras la breve entrevista—. ¿Volveremos a vernos?

—Es posible, sí —admitió Mac Duff, irónico—. Seguro que nos veremos. En cuanto a sus dos hombres..., ¿qué hacemos con ellos? ¿Entregarlos a las autoridades?

—Supongo que no ganará usted nada con ello, Mac Duff. ¿No me entrega la confirmación?

Ernie vaciló un momento. Luego, extrajo el documento. Lo hizo pedazos parsimoniosamente. Y como una lluvia de confetis, los fragmentos cayeron en la taza vacía de café...

—Gracias —musitó Max, agitando aristocráticamente una mano—. Gracias...

Se alejó con paso lento. Mac Duff tomó un sorbo de brandy. Melody apuntó:

—¿Espera ganar algo con su hidalguía, Mac Duff?

—Nada en absoluto —se encogió de hombros Ernie—. Pero

tampoco ganaría mucho metiendo a esos dos pájaros de segunda fila en una celda... Vamos, Melody. Creo que esta noche no vamos a sacar más en limpio...

CAPÍTULO VII

MELODY MARSH cerró la puerta, con un suspiro. Oyó los pasos de Ernie, alejándose por el corredor, hacia su propio apartamento.

Había sido una jornada muy fatigosa aquella. El paseo por la ciudad, la cena, el atentado, la visita de Carrados... Todo eso, después de un largo viaje en reactor, la pelea en el desierto, el hallazgo de los micrófonos, la tensión subsiguiente, con su enfrentamiento a los escuchas de Carrados...

Sí. Demasiados acontecimientos para un solo día, reflexionó Melody. Había esperado aburrirse, al ser destinada a Dhawaiq. Veía que eso era un error. Un gran error. Nadie podía aburrirse en aquel lugar.

Llegó ante el espejo del tocador. Se despojó de sus joyas. Luego, soltó las cremalleras de su traje de noche. Cayó la prenda a sus pies. La figura espléndida de Melody Marsh, en prendas íntimas, se movió por la habitación, taconeando graciosa, llena de femenina elasticidad.

Sonrió, al contemplar, con cierta sorpresa, el estuche de celofán, envuelto en una ancha cinta rosa. Se inclinó. Estaba depositada sobre su lecho. La tarjeta era visible, prendida en el exterior:

“Un aroma y una admiración para la mujer más sorprendente.

“Ernie Mac Duff”

Contempló el contenido floral. Unas bellas gardenias. Blancas y amarillas, realmente hermosas. El celofán de la caja no permitía advertir su aroma. Melody quitó la cinta, levantó la capa transparente, para aspirar el olor de las flores subtropicales, tan

gentilmente enviadas por su compañero. No hubiera imaginado a Ernie capaz de enviar flores a una colega del FBI. Quizá en este caso, como desagravio a haberla imaginado fea, anticuada e insoportable...

Volvió a sonreír. La tapa de celofana había sido alzada ya. Fue a tomar las gardenias. Su aroma llegó hasta ella, suave y delicioso.

Y, de repente, la lucecilla roja de su mente, parpadeó alarmante. Ella soltó con rapidez las flores, exhalando un gemido. A pesar de ello, era tarde...

De las hermosas gardenias, mezclado con su fragante olor, brotaba ya un humo tenue, azulino, que envolvió con rapidez a Melody Marsh. Ella tosió, ahogada, sofocante la respiración. Oprimió su garganta. Corrieron sus piernas desnudas, enfundadas en nylon tenue, de tono tostado, hasta la blancura rosada de sus muslos. Trató de apartarse así de las flores, de su extraño vapor, de olor espeso, dulzón, viscoso.

Era inútil. El vapor azulino corría con ella, se enroscaba en torno suyo, se adhería a su rostro, como una serpiente flotante, vaporosa. Tosió más violentamente, rodaron lágrimas y rímel de sus ojos enrojecidos. Luego, la sensación pegajosa, dulzona penetró hasta su mismo cerebro, nublándolo. Unos pasos más, se le doblaron los tacones, perdió el equilibrio... y rodó blandamente sobre la alfombra.

Apenas unos momentos después, se entreabrían las puertas del balcón. Asomaron dos figuras enmascaradas. Esperaron, hasta que la sierpe de vapor azul se perdió, diluyéndose lentamente en el exterior, sobre las plantas de la terraza.

Después, entraron en la habitación de Melody. Se aproximaron a ella. La alzaron de la alfombra. Una tela plástica, oscura, envolvió las formas semidesnudas de la bella americana.

Luego, los raptos salieron de la estancia por donde habían entrado, perdiéndose en la noche con Melody, la hermosa agente federal...

* * *

El sultán era joven. Muy joven. Nishawar apenas tendría cumplidos los veinticinco años. Moreno, nervudo, arrogante, de inteligente mirada oscura bajo su tocado peculiar, propio de los

países árabes.

—Pido justicia, señor —repitió nerviosamente Ernie—. ¡Es preciso hallar a esa mujer! Es posible que haya sido asesinada, violada o solo Dios sabe qué otra horrible suerte pudieron destinarla...

—Repórtese, Mac Duff —pidió severamente Abham—. Su Majestad le ha concedido una entrevista especial con motivo de la desaparición de su amiga y compatriota, la señorita Marsh. ¿No es suficiente? Espero que sepa tratar con respeto a nuestro sultán.

—Deja, Abham —sonrió Nishawar—. Entiendo bien la inquietud y nervios de nuestro amigo americano... La desaparición de esa joven es realmente para preocupar. Utilizaron unas flores tóxicas, ¿no es cierto?

—Gardenias con un perfume narcótico, exactamente. Un perfume que brotaría en cuanto abriesen su estuche, y la flor entrara en contacto con el aire...

—Un procedimiento refinado y astuto para sorprender a Melody Marsh —masculló rabiosamente Ernie—. Es obra de la Eastern Agency y de Carrados, estoy seguro...

—Seréne, Mac Duff, por favor —pidió suavemente el sultán inclinándose hacia Ernie, en la intimidad de su gabinete privado para audiencias especiales—. Sí pensaran asesinar a su amiga, lo hubiesen hecho ya, en su propia alcoba, en vez de secuestrarla. ¿No le llaman ustedes, en Occidente a lo que acabo de decirle, pensar con lógica fría y razonada?

—Tengo otra lógica, Majestad —suspiró Ernie—. Creo que pueden sacar muchas cosas de Melody, interrogándola bajo la acción de algún derivado de pentothal sódico. Y una vez averiguado cuanto deseen, proceder a su ejecución.

—Eso tampoco sería ilógico. Confío en que sus temores no tengan fundamento, amigo mío —cordialmente, el joven sultán oprimió el brazo de Ernie—. Estimo de veras a su país, y deseo lo mejor para todos ustedes. Pensaba llevarle hoy a visitar nuestros nuevos centros de refinería petrolífera y envasado de las nuevas industrias de aceites, antes de informarle de mi viaje a los Estados Unidos.

—Su... ¿qué? —se sorprendió Ernie, incorporándose.

—Sí, amigo mío. Ha sido organizado por sorpresa, No se puede

avisar previamente a todo el mundo de un viaje así. He de estar en Houston, estado de Texas, para el momento en que el Presidente de los Estados Unidos inaugure la gran refinería de la New National Oil Corporation. Prometí mi asistencia, junto con otros dirigentes del mundo árabe que controlan la producción del petróleo en Oriente Medio. No pienso faltar, pese a que teman mis servicios de seguridad un atentado contra mi persona.

—¿Por parte de la Eastern?

—No, no. Por parte de los elementos subversivos de mi país, y de fuera de él, aunque esos mismos elementos son los que, en el fondo, pagan a la Eastern para que actúe en contra nuestra y de su país...

—Entiendo, sí. De todos modos, iré con Su Majestad a ese centro financiero de Dhawaiq. Solo espero que, entretanto, la policía busque a Melody.

—Haremos cuanto sea humanamente posible, esté seguro —prometió Abham con serenidad.

—Señor Mac Duff, una pregunta —interpuso suavemente el sultán—. ¿Qué oculta usted?

—¿Eh? —se sobresaltó Ernie.

—Oculta algo, es evidente. Sabe algo, por lo que ellos están persiguiéndoles ahora; aunque ignorasen que ustedes pertenecen al FBI, les perseguirían lo mismo. ¿Qué es lo que posee o sabe, que de tanto valor es para esa gente?

Ernie reflexionó rápidamente. Y tomó una decisión súbita.

—Es cierto —comino—. He ocultado algo, Majestad.

—¿Qué es ello?

—Un microfilm.

—¿Qué? —saltó vivamente el jefe de policía Abham—. ¿Un microfilm ha dicho?

—Exacto —suspiró Ernie Mac Duff—. Quizá debí revelarlo antes. Pero en realidad, no creía que eso fuese lo justo, Majestad.

—¿Por qué? —se interesó el sultán, sin demostrar irritación por la actitud de su interlocutor.

Ernie lo refirió rápidamente. Desde su encuentro en el desierto con Beit Naquye, hasta su muerte tras el ataque enemigo. El sultán escuchó en silencio, sin hacer comentarios.

Al fin, Abham, quizá pensando ante todo en su profesión de funcionario policíaco, fue quien interpuso una pregunta tensa:

—Y ese microfilm, Mac Duff... ¿dónde lo ha ocultado antes usted?

Ernie cambió una mirada pensativa con el sultán. El joven Nishawar sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Debe decirlo —señalo—. No soy un tirano que esclavice al pueblo, ni un hombre que juegue con dos barajas, desde el trampolín de la riqueza petrolífera, puede creermelo. Soy fundamentalmente honesto. Con los demás, y conmigo mismo. En realidad, he cogido las riendas del Gobierno en un momento difícil. Oriente Medio nunca ha sido un dechado de perfección política. El feudalismo vive aún en nuestro pueblo, demasiado arraigado. Pero cuantío sucedí a mis padres en el mando de este país, me hice el firme propósito de velar por su prosperidad, por su mejor nivel humano de existencia, Pero eso no es obra de un mes ni de un año. Hay que luchar contra un atraso de siglos. El petróleo, nuestra única fuente de riqueza, da millones de dólares o de libras esterlinas de ingreso al tesoro. Bien; ese dinero se va como agua cuando hay que canalizar, urbanizar, modernizar, elevar salarios, mejorar el nivel de vida de nuestro pueblo, darle una cultura, unos estudios, una vida mejor en suma. Créame Mac Duff. No estoy haciendo propaganda de mi sistema de gobierno. Cometo errores, es posible. Soy joven, y muy humano. Puedo equivocarme. Pero mi voluntad y mi deseo, es solo uno: ver a Dhawaiq convertida en algo diferente a lo que fue, e incluso a lo que sigue siendo en muchos aspectos. No siento ningún afán de riquezas propias. No deseo disfrutar de palacios de mármol, columnas de jade y arcas de joyas, harenes y suntuosidades, mientras un continente de personas mueren de hambre o se alimentan de modo insuficiente. Sé que nadie debe consumir por debajo de las dos mil quinientas calorías, pero sé también que muchos no consumen ni la mitad de esa cifra. En medio de la riqueza del petróleo, puedo hacer muy poco. Y trato de hacer más. Los nuevos convenios con su país y con Inglaterra, así como otros que tengo suscritos con la Unión Soviética, sobre otros yacimientos del sur, me dan las divisas suficientes para luchar. Pero no las que preciso para ganar esa lucha. Todavía no. Necesitamos vender petróleo de mejor calidad. Tenemos unos

yacimientos que no están cedidos a ningún concesionario extranjero. Queremos producir petróleo y aceites refinados de la mejor calidad. Pago a los técnicos, a los expertos, a cuantos intervienen en la tarea, y he dado a la nueva empresa un nombre comercial de rango internacional; la Export Arabian Oil Co. Es posible que haya granujas metidos en el asunto, como ese Max Carrados. Es inevitable en el fondo. No se puede seleccionar a la gente en esas materias. Se debe aceptar el trabajo extranjero, de donde venga. Pero evitando dificultades, el resultado puede ser bueno para todos, incluso a pesar de esos bribones. Solo espero que otros dirigentes del mundo árabe, actúen como yo, para mejorar el nivel de nuestros pueblos. Y, afortunadamente, parece que en muchos países, se está logrando.

—Es muy encomiable todo eso, Majestad —aprobó Mac Duff gravemente—. Le felicito por sus esfuerzos en pro de un mañana mejor. Y le deseo los mayores bienes. Entiendo sus propósitos y los admiro. Sé lo difícil que resulta, por no decir imposible, impedir que los aventureros internacionales se mezclen en cosas así, no siempre con propósitos claros. E igualmente, entiendo que me ofrece una leal ayuda, si el microfilm citado tiene una importancia relacionada con nuestro país y el suyo, Majestad.

—Exacto —suspiró el sultán, con ojos animosos, brillantes—. Exacto, Mac Duff. Me alegra que lo entienda. Debe confiar en mí sin reservas. Si ese microfilm es importante para ustedes, lo tendrá en sus manos en cuanto mis expertos lo hayan examinado. No le exijo su entrega, aunque pudiese hacerlo, ya que reside en mi país. No, no es mi modo de manejar los asuntos. Puede hacer lo que le dicte su conciencia. En la seguridad de que nadie en mi Gobierno va a utilizar ese documento en contra suya, de Inglaterra o de ningún otro, sino estrictamente a examinarlo, estudiar su posible importancia, y devolvérselo después, como legítimo depositario de él, por voluntad del agente británico que se lo entregó.

Ernie, sin más comentarios, se inclinó. Tiró del tacón de su zapato. Extrajo un pequeño film, envuelto en un billete de veinte dólares. Una pieza de celuloide, de dos o tres centímetros de longitud por tres milímetros de ancho. La tendió al sultán. Abham se inclinó, con profesional interés, estudiando aquel diminuto film.

—Este es el documento o informe que Naquye me entregó —

dijo escuetamente—. En sus manos lo confío, Majestad.

El sultán tomó la película. La alzó al trasluz, examinándola escudriñador. Meneó la cabeza, pensativo.

—Caracteres indescifrables —explicó lentamente—. Quizá una clave especial. Abham, cuida de esto. Llévelo al departamento de inteligencia. Oficina de claves. Que lo descifren. Es urgente, Abham.

—Sí, Majestad. A la orden... —el jefe de policía, presuroso, tornó el microfilm. Lo guardó en un insólito escondrijo: presionando la tapa superior de su reloj, la esfera de este se alzó con un chasquido. Entre la maquinaria y el fondo, se abría un pequeño reducto, donde introdujo la pieza filmada. Cerró de nuevo el cronómetro de pulsera con una suave presión, y esbozó una sonrisa, mirando a Mac Duff —añadió—: Nuestro servicio secreto tendrá el documento en pocos minutos, Y en menos de cuatro horas, espero resultados favorables de su examen, Majestad.

—Perfecto —sonrió el sultán, inclinando la cabeza—. Llévelo a su destino. Entretanto, prepare mi partida a las refinerías de la Export Arabian. ¿Va a acompañarme, Mac Duff?

—Sí, Majestad. —Ernie cambió una mirada con el jefe de policía Abham—. ¿En cuanto a Melody Marsh?

—Mis hombres van a reconocer toda la ciudad —explicó Abham—. Y se extenderán órdenes de recompensa que conduzcan a obtener indicios del paradero de la joven americana. No tema. Creo que la encontraremos con vida, no tardando mucho...

Abham hizo un ceremonioso saludo, primero a su sultán, luego a Mac Duff, y salió de la estancia, cerrando suavemente la estancia tras de sí. Ernie Mac Duff resopló, pensativo.

—Me pregunto si habré hecho bien en ser sincero por completo, Majestad —musitó Ernie, reflexivo.

—¿Conmigo? —sonrió gravemente el dirigente árabe.

—No. Con los demás. Puede haber enemigos en cualquier parte. El espionaje es así, señor... No desconfío de Su Majestad, sino de otros.

La respuesta del sultán fue sorprendente:

—Y hace bien en desconfiar, amigo mío. El propio Abham, mi jefe de policía... es un traidor. Sirve al enemigo.

—¡Cielos! —Ernie dio un pequeño salto en su asiento—. Pero entonces, Majestad, ¿por qué insistió en que ese microfilm...?

—No tema nada —sonrió el desconcertante y joven monarca, inclinándose hacia él palmeando su brazo—. Tengo tres agentes especiales que controlan sus pasos, por órdenes directas mías. Y que, desde este momento, siguen más de cerca que nunca a mi desleal funcionario... esperando que, con su microfilm, nos lleve hasta algún nuevo eslabón de la cadena de traidores que invade Dhawaiq.

Ernie respiró hondo, poniéndose en pie al hacerlo el sultán que, resueltamente, caminaba hacia la salida con paso firme, como dirigiéndose a algún lugar en especial.

—Menos mal... —comentó entre dientes el americano, con el ceño fruncido.

—¿Qué? —se volvió a él Nishawar—. ¿A qué se refiere, Mac Duff?

—Al microfilm —rio el agente del FBI—. Le di uno falso, en vez del verdadero... Ese trozo de película que lleva Abham, no vale nada. Absolutamente nada, Majestad.

* * *

—¡No vale nada! ¡Absolutamente nada, imbécil! Es falso.

Abham palideció intensamente, bajo las sedas de su tocado árabe. Pestañeó, incrédulo.

—No puede ser —masculló—. El americano me lo entregó para...

—El americano te engañó. Te entregó un trozo de celuloide impresionado por él mismo. Se limitó a fotografiar, en negativo sin positivar, unas páginas de la Biblia, con el objetivo de su cámara intencionadamente desenfocado... ¡Imbécil!

Tiró la pieza de la película por el aire. Se irguió, y abofeteó a Abham brutalmente. El funcionario de policía, para tener la autoridad de que estaba investido dentro del territorio soberano de Dhawaiq, obró con mucha humildad. Se inclinó, recibiendo los trallazos en el rostro, sin replicar ni tratar de oponer resistencia alguna.

—¡Grandísimo estúpido! —aullaba con rabia el obeso, grasiento,

adiposo Sabza Charik, golpeando sin cesar al jefe de la policía local, llevado de un acceso de ira realmente devastador—. ¡Necio, idiota, mequetrefe sin cerebro! ¡Traer esto aquí, no comprobar siquiera si era un cebo, una trampa para cazarte con las manos en la masa...!

—¿Un... cebo? —se estremeció Abham. Su palidez se tornó aún más intensa, más aterrorizada su expresión.

Repentinamente parecía comprender la clase de lío en que se había metido con total inconsciencia—. ¿Una... trampa dijiste, Sabza?

—¡Sí, una trampa, maldito inútil! —rugió Sabza, enfebrecido, paseando su ira por la habitación—. ¿Y entiendes lo que eso significa? ¡Que si te han seguido agentes del sultán hasta aquí, estamos perdidos los dos! ¡Los dos! ¿Te enteras de una maldita vez, Abham? ¿Y tú eres jefe de policía? ¿Tú?

Sabza Charik corrió a una ventana, velada por espesos cortinajes. Asomó al exterior cautamente, entre ellas. Escudriñó la calle. Al volverse, tenía su gordinflona faz llena de tensión e inquietud.

—Coches de la policía militar —señaló roncamente—. Rodean la manzana...

—¡Por Alá, no es posible! Su Majestad no podía sospechar... —jadeó Abham, lívido.

—¡Pues lo sospechaba! Ahí tienes la prueba. Y yo, mi querido y torpe amigo, no estoy dispuesto a correr riesgos de ninguna especie por tu culpa.

Charik hablaba apacible, torvamente. No parecía que fuese a reaccionar de ninguna otra manera. Pero no fue así. Abham, demasiado tarde, se dio cuenta de lo que pretendía su interlocutor.

—Espera... —silabeó, al ver elevarse la rolliza mano de Sabza Charik, con una pistola automática entre los almohadillados dedos grasientos, sudorosos—. ¿Qué pretendes hacer, amigo Charik? Yo os he servido con lealtad siempre, yo...

—Tú has servido con lealtad, cierto —la automática, prolongada por un desmesurado tubo silenciador de proporciones enormes, le apuntaba directamente. La mueca en el rostro brillante del gordinflón, era poco esperanzados. Añadió Charik—: Pero has cometido un grave error. Y ahora, en poder de las autoridades de

Dhawaiq, sabes demasiado para dejarte vivo.

—¡No! ¿Qué vas a hacer...? Yo no puedo...

Se movió, avanzó hacia Charik, con las manos alzadas violentamente.

¡Plop!

Fue un horrible taponazo sordo, un estampido de extraño tono ahogado. Saltó un leve fogonazo, muy leve. Y un poco de humo, muy poco...

Abham se tambaleó primero. Abrió mucho los ojos, que se vidriaron rápidamente, mientras un orificio negruzco se abría entre sus oscuras, espesas cejas. Cayó muerto casi en el acto.

Luego, Sabza Charik, al tiempo que sonaban silbatos en la calle, y estruendos de carreras en los accesos a su altillo en la tienda de objetos de arte árabe que poseía en una calle del barrio viejo de Shayadh, alzaba uno de los tapices morunos de las paredes, presionando la moldura de una columna árabe. Cedió parte de dicha columna, abriéndose una puerta angosta, por la que a duras penas cabía su corpachón.

Pero pudo pasarlo, y la columna giró de nuevo, cerrándose tras él. Cayó el tapiz. Y en la estancia, se quedó solo el cadáver de Abham, exjefe de policía de Dhawaiq. Así lo hallaron los agentes especiales de la información militar del sultán.

Y también el propio sultán y su acompañante, Ernie Mac Duff.

CAPÍTULO VIII

—¿QUE hacemos con ella?

—Matarla.

Melody se estremeció. La orden llegó tajante y nítida a sus oídos, a pesar de que la puerta estaba entre ella y el que había hablado. Pero su oído era sumamente agudo. Especialmente, cuando sabía que algo tan valioso como su seguridad personal estaba en juego.

Tras un silencio muy corto, la voz volvió a preguntar:

—¿Matarla? ¿Es necesario?

—Es inevitable.

—Pudimos hacerlo en el mismo apartamento anoche....

—Entonces necesitábamos interrogarla. Ya se hizo eso, gracias al suero de la verdad. Aun así, se pensaba dejarla con vida. Pero ha habido contraórdenes. Hemos de desalojar inmediatamente este lugar. Y el país.

—¿El país?

—Eso dije. Han ocurrido cosas en la capital. Sospecharon de Abham, y le acorralaron en casa de Charik. Hubo que eliminarle. Sabía demasiado. Y Charik escapó. Está escondido, esperando salir del país con los demás.

—De modo que todo fracasó...

—No he dicho eso, imbécil. No hubo fracaso. Solo contratiempos. La Eastern ha sido advertida, para que nos ayude. Hay que levantar al campo. Y en una fuga, esa mujer molestaría mucho. Por otro lado, no conviene dejarla con vida. Es muy lista la condenada... Y más hábil que diez hombres juntos.

Se hizo otro silencio. Melody no se sintió en absoluto halagada. Cuando los elogios implicaban una suerte funesta para ella,

difícilmente podía agradecerlos. Lo único que deseaba, realmente, era estar a la altura de semejante estimación, y ver un medio de salir del atolladero.

Reflexionó. Rápidamente, porque no había mucho tiempo para eso, ni para nada. Después que fuera capturada estúpidamente la noche antes, con aquellas flores saturadas de un elemento químico que, al contacto con el aire emitía un gas narcótico de gran eficacia, los acontecimientos estaban turbios para ella, quizá porque la mayor parte del tiempo la pasó entre los efectos de la droga y los de otra droga posterior: el derivado de pentothal sódico que había logrado sumirla en un reposo ficticio, del que extraer la verdad con preguntas a las que su mente, falta de voluntad por la acción del suero, no podía resistirse para mentir.

Después, lentamente recuperada de la acción de ambas drogas, se encontraba con una tremenda verdad, en aquella habitación donde se encontraba encerrada, virtualmente sin otras prendas encima que su corpiño y su *slip*, sus zapatos y sus medias, y su pequeña pulsera de oro, con una placa de identificación, donde se leía simplemente: M. Marsh.

Le habían dejado también una especie de tapiz o cortina árabe para que se cubriese con ella sus formas arrogantes, repletas de macizas curvas y elásticas sinuosidades. Pero Melody renunció a ella, con cierta repugnancia, porque no aparecía demasiado limpia. En realidad, tampoco le había disgustado nunca ir en biquini o en prendas interiores. Solo que ahora se sentía desarmada, y eso era peor que ir medio desnuda. En sus ropas, hubiera tenido algunos recursos para luchar contra su feo destino actual.

Sobre sus prendas interiores, utilizado ya el gas narcótico en el desierto, cuando ella y Ernie fueren atácalos, no poseía actualmente nada de verdadera eficacia. Al menos, para esta situación.

De súbito, recordó algo: ¡las gafas!

Se llevó la mano a la nariz. Tocó la amistosa forma estilizada de sus gafas especiales. Los secuestradores no podían imaginar que la muchacha las llevase por un recurso profesional, y no por defecto de visión.

Miró, pensativa, a la puerta de la habitación donde estaba prisionera, sin necesidad de ligaduras a juicio de sus raptos. Vio girar el picaporte. Iban a abrir de un momento a otro.

Imaginó lo demás con escalofriante facilidad: un hombre, posiblemente de raza árabe. Una mano armada, una pistola con silenciador, un ahogado estampido... y Melody Marsh hacia la celestial región de arpas, nubes y angelitos rubios. No lo gustó la idea.

Tenía ya las gafas en sus manos. Jugueteaba, pensativa, con las varillas. Tenía los nervios en tensión, contemplando la puerta que se abría ya...

No se equivocó gran cosa. El hombre estaba allí. Solo que no era árabe sino europeo. Posiblemente alemán, austríaco o algo así, pensó al ver su rostro rojizo, sano y saludable, sus ojos muy azules, su corto cabello r Rubio, con un ridículo flequillo sobre la frente.

—Buenas tardes, señorita —saludó el hombre, risueñamente, en un inglés aceptable. Estudió, desde detrás del cañón prolongado con el silenciador voluminoso, las formas mórbidas de Melody. Sacudió la teutónica cabeza con cierto pesar—. Es una lástima, pero debo matarla....

—¿Por qué? —argumentó ella, tensando los músculos de su tórax, hasta proyectar adelante un panorama estremecedor—. ¿Es absolutamente necesario?

—Absolutamente necesario —el otro respiró hondo, humedeciendo nerviosamente sus labios. Observó, inquieto, cómo ella agitaba sus caderas un momento, casi en el inicio de una danza propia de aquellas latitudes. Solo que Melody no hizo tal cosa, sino simplemente adoptar una forma más provocativa aún. El rubio verdugo estaba sudando. Farfulló, áspero—: Es inútil. También a mí me gustaría perdonarle la vida a cambio de su buena amistad, muchacha... Pero órdenes son órdenes. El jefe piensa que usted es tan peligrosa como diez serpientes de cascabel juntas...

—¿El jefe? ¿Max Carrados?

—Váyase al diablo —masculló el otro, irritado—. Pregunta demasiado.

Melody había dado unos lentos pasos, con movimientos sinuosos, sensuales, llenos de inquietantes sugerencias para su excitado verdugo. La luz de una lámpara, en el techo de la habitación sin ventanas, resbaló con trazos de oro sobre los muslos firmes de la bella agente.

—Por favor... —susurró Melody, con las gafas desmayadamente

colgadas de los dedos de su mano izquierda—. Seré su esclava si es preciso, pero no dispare....

—¡Diablo, no! —rezongó el otro—. Es demasiado... No insista. Bastante difícil es ya. Lo siento. Yo, más que nadie, preciosa... *Auf Wiedersehen, fraulein*[3].

—*Ilal ligâ* —fue la respuesta sarcástica de Melody—. *Allah fic*[4].

El hombre, sin más rodeos, dominó sus pasiones internas ante la seductora estatua de carne de Melody Marsh. Y alzó el arma, para hacer fuego.

Entonces, simplemente, como un acto reflejo de temor o debilidad, los dedos de Melody soltaron las gafas, cuyas extremidades curvas, para aplicar sobre las orejas, se habían enlazado como el azar, sin que el hombre de la pistola observase ni por sueños que parecía haber magnetismo en la forma con que se adherían ambas varillas, en un punto determinado.

Las gafas de Melody cayeron a sus pies. Justo a sus pies.

Y fue suficiente.

Hubo una llamarada deslumbrante. Melody se había arrojado ya de costado, desplazándose su cuerpo semidesnudo con celeridad pasmosa, perseguido por un zumbido áspero, el de una bala lanzada por el silenciador monstruoso de la potente automática. No la alcanzó porque su movimiento vertiginoso había coincidido con el estallido cegador a pies de su verdugo, y con el impulso desorbitado del brazo de este, al ser sorprendido por la explosión.

El rubio germano, terriblemente abrasado, aulló de dolor, revolcándose en medio de la humareda que subía de las gafas terribles de Melody, convertidas ya en simple carbón, lo mismo que el rostro y manos del atacante, cuya pistola rodó, dando tumbos hasta los mismos tacones de Melody. La muchacha, vertiginosa, agazapado su cuerpo lúbrico en tierra, estiró la mano, aferrando el arma, que alzo resueltamente.

En la puerta, aparecieron dos asustados árabes. Uno chilló, con terror instintivo:

—*An najda, an naida!*[5]

Pero el primero de ellos empuñaba una de las temibles armas blancas de los de su raza, una gumía curva y centelleante, que alzó

con ánimo de lanzarla sobre Melody. Ella se anticipó, alzando la mano armada. Disparó. Un seco ploc acompañó a la bala. Árabe y gumía se fueron al suelo. El segundo nativo, más práctico y menos tradicional que su compañero, además de pedir socorro en su lengua, recurrió al expeditivo sistema de extraer de sus ropajes un revólver de seis tiros, barnizado de negro, que dirigió hacia Melody Marsh.

La muchacha fue más resolutiva y veloz que él. Se limitó a girar el voluminoso cañón del silenciador, desde el recién alcanzado enemigo, hacia su segundo adversario, y apretó el gatillo sin contemplaciones.

Un nuevo estruendo apagado, dentro del cilindro negro y desmesurado, acompañó al proyectil que, inexorablemente, golpeo al árabe, lanzándole hacia atrás, haciéndole golpear el muro y, finalmente, rodar de bruces con unas palabras entre dientes que Melody interpretó como algo parecido a: “¿Mâ... Mâ... *kayf*?”^[6] Y, seguramente, eso es lo que dijo, antes de ir al encuentro del Paraíso de Mahoma.

Allá fuera, a través de la puerta, llegaba el ronquido de algún motor. Melody estaba segura de que correspondía a un coche, y muy probablemente a un *jeep* o cosa parecida.

Se incorporó decidida. Juzgando que sus paños menores, aparte de todo lo sugestivos que pudiesen resultar para cualquier adversario varón, no eran adecuados para ir a ninguna parte, y era problemático pensar en la idea de obtener unas prendas apropiadas, optó por tirar del manto negro de uno de los árabes, con el que se cubrió por encima de los hombros, bastante eficazmente. Llevada de una idea impulsiva, también le arrancó de la cabeza del árabe el tocado de seda blanca, aplicándolo a su cabeza resueltamente. Salió así, arma en mano, de la habitación donde estuviese prisionera, tras haber eliminado a los dos árabes y dejar agonizando, virtualmente abrasado por la carga explosiva de sus gafas, puesto en acción el sistema inflamable a través del contacto eléctrico de dos polos determinados, dispuestos en las varillas, y adherentes por magnetismo para los segundos suficientes—solo siete—, que separaban tal acción del estallido del derivado de nitroglicerina allí contenido para casos de extrema necesidad. Y, obviamente, este lo había sido, y mucho.

Melody parecía, a simple viste, un árabe de los que servían a sus raptos. Y esa fue su suerte en la siguiente peripecia.

Fue ello al salir al exterior, concretamente a un salón desierto, en el que se abrían salidas a una especie de acera porcheada, de enaladas columnas y arcos morunos. Allá fuera, un crudo sol de mediodía se dejaba caer con violencia sobre una extensión árida, de ondulantes arenas, salpicadas de trecho en trecho por alguna palmera, matorrales parduscos y huellas de neumáticos formando auténticos senderos para no desorientar al viajero.

Porque allá fuera, un *jeep* aparecía detenido, aunque trepidando con el motor en marcha, y dos hombres aparecían junto a él. Ambos, ciertamente, de raza europea. O americana, que Melody no estaba segura de ello. Pero ciertamente, ninguno parecía árabe.

Uno se disponía a subir al *jeep*, para hacerse cargo del volante. El otro, giró la cabeza, como presintiendo la llegada de la joven. Melody, rápida, inclinó la cabeza, se quedó a medio volver, sin ofrecer otro aspecto de su persona que el de las ropas árabes que la cubrían. La estratagema resultó bien de momento;

—*Hâlan!* —llamó, en árabe, agitando el brazo—. *Tâ âla, hâlan!*

[7]

Melody deformó la voz, emitiendo un ronco sonido gutural, que nadie hubiese imaginado pertenecía a la garganta de una bella dama, para responder:

—*Nâ am, nâ am...* [8]

Los del *jeep* parecieron convencidos de que todo iba normal. El que se acomodaba ya al volante, rezongó en voz alta, lo bastante para oírle, Melody:

—¿Y Gunther? ¿No ha terminado aún con esa yanqui?

—Debería haber terminado —masculó el otro—. Le avisé de que no se entretuviese con ella, por muy atractiva que le pareciese... Habrá sido capaz de...

No completó la frase. Ni hacía falta. Melody entendía bien lo que el hombre quería dar a entender.

Lo importante es que se distrajeron, mientras Melody Marsh alcanzaba el porche, asomaba al sol... Y entonces, ya no podía engañar a nadie. Bajo su manto negro asomaron sus pantorrillas hasta medio muslo... Los hombres del *jeep* se estaban volviendo

hacia ella en ese mismo instante.

—¿Eh? —aulló el que aún no se había acomodado—. ¿Qué significa...?

Y llevó su mano a la pistola automática. Logró extraerla. Melody, a la carrera, flotando su capa negra tras de sí, y cubriendo solo sus hombros, parecía cruzar bajo el sol con un curioso bañador, casi confundido con su propia piel, había tirado enérgicamente sus zapatos a un lado. Ya sin tacones, corría vertiginosa sobre los pies descalzos, sintiendo contra las plantas, y a través de la fina malla del nylon, la aspereza cálida de las arenas desérticas.

Llegó cerca del *jeep*. Disparó. Casi sesgadamente, en un escorzo violento el cuerpo, tirantes los músculos de sus muslos, crispados los dedos en el esfuerzo, vibrante su torso bajo el corpiño naranja.

Atónito, su adversario se encogió. Miró a Melody con incredulidad. Era una mortal, funesta incredulidad Porque el balazo, en pleno estómago, no tenía remisión. Y así parecía entenderlo la asombrada víctima, en tanto se doblaba, hasta caer contra el estribo del coche, donde vomitó sangre, antes de rodar definitivamente.

Para entonces, ya el compañero del volante había puesto en marcha el coche, a la desesperada, lanzándolo contra Melody Marsh que, alarmada, lo vio venir sobre ella, a toda potencia el rugiente motor...

Tuvo el tiempo justo de saltar, de hacer una cabriola inaudita, de auténtica acróbata circense, para salvar el guardabarros y la rueda, aunque no pudo evitar que el equilibrio le fallase, cayendo de bruces en la arena, Y lo que era peor, perdiendo el arma en el esfuerzo. Arma que, muy lejos de su alcance, rodó por la arena, más allá de la polvareda arenosa producida por la marcha del *jeep*.

Ahora, el *jeep*, evolucionando rápido, giró sobre sí, para resolverse y rodar, avasallador, hacia Melody Marsh, caída en la arena, indefensa contra las ruedas que se le venían encima, veloces y mortíferas, dispuestas a triturar su excepcional, su hermosa anatomía...

CAPÍTULO IX

ERA una refinería sorprendente, extraordinaria. Las *pipe lines*, como gigantescos reptiles de metal brillando aceradamente al sol, a través de arenas que parecían interminables, llegaban desde los diversos yacimientos petrolíferos del país, hasta las novísimas factorías, construidas en la zona idónea de Dhawaiq, no lejos del delta ribereño que conducía a las aguas del mar y, por tanto, al ideal camino líquido y azul que llevase, en los grandes petroleros o en los buques-cisterna, el preciado “oro negro” del Oriente Medio, hasta los lejanos puertos receptores de los Estados Unidos, Gran Bretaña o cualquier punto de la hermética geografía rusa, también cliente destacado de algunas de las prospecciones petrolíferas del país.

En la refinería, los depósitos del petróleo, los conductos secundarios, para el proceso químico que diese los derivados del aceite negro, tales como gases metano y propano, los lubricantes, la nafta, la gasolina pura, y demás productos, llegando hasta los subproductos que luego generarían fibras sintéticas, formaban una extraña, metálica ciudad de armazones, tubos, cilindros y conductos, en medio de un fuerte aroma acre, el del propio producto virgen, llegado por los oleoductos del desierto, desde cualquier parte del diminuto pero rico país.

Ernie Mac Duff se detuvo, asombrado por el nuevo alarde técnico e industrial de Dhawaiq. Era como asistir al nacimiento de un nuevo esplendor nacional, bajo la égida de un monarca joven, inteligente e inquieto, que trataba de luchar contra todo un pasado arcaico, hecho de harenes, feudalismo, diferencias de nivel social insalvables, hambre, enfermedades y pobreza, nacional. Un pasado que solo los jóvenes monarcas como Nishawar y otros, podían convertir en un presente próspero, activo, prometedor,

revolucionario en toda la amplia dimensión que las revoluciones técnicas, científicas e industriales, pueden dar a los países deseosos de ser siempre mejores.

—Es maravilloso —se limitó a comentar Ernie—. Sencillamente maravilloso.

—¿Sinceramente, Mac Duff? —sonrió con cierto ingenuo orgullo el sultán.

—Sincerísimamente —suspiró Ernie. Le miró, cordial, afectuoso—. Le felicito, Majestad. Con toda honestidad. Es magnífico. Merece tener éxito. Y que Dhawaiq, sea el país que usted desea... y todos deseamos en el fondo, para el mundo entero y todos los países que hasta hoy vivieron olvidados en la rémora de tiempos pasados...

—Celebro que lo entienda, Mac Duff. Ese es mi deseo. No quiero miras políticas de ninguna especie. Solo el bien de mi pueblo. Y este es el principio...

—Sí. Este puede ser el principio...

—Tengo muchos enemigos, lo sé —continuaron su andanza por entre grandes depósitos y almacenes de petróleo, camino de las refinerías, centros de envasado, distribución de envases ya listos para embarque, etc.—. Debo luchar contra toda una serie de prejuicios nacionales... y de adversarios internacionales. Pero tengo fe, Mac Duff. Y la fe es un gran aliado.

—Lo es, sí —convino Ernie—. Lo ha sido siempre para todo el mundo, Majestad... Yo mismo, tengo ahora fe en que Melody Marsh aparecerá con vida. Y necesito de esa fe, aún en una cosa personal y privada, para mantenerme firme.

—Le comprendo —el sultán se detuvo, mirándole con viva simpatía—. Esa muchacha es su colaboradora, su compatriota, en un país extraño...

—En efecto, señor. Se supone que yo debía protegerla de peligros. Aparte de que sabe protegerse sola, para una vez que existió el riesgo, no supe preverlo. Me siento responsable de muchas cosas.

—No debe sentirse así, Mac Duff. De igual forma, nuestros enemigos hubieran caído sobre ella o sobre usted, a la primera oportunidad favorable. No podemos preverlo todo.

—De cualquier modo, me pregunto dónde podrá estar ahora... y cuál será su suerte.

—¿Está enamorado?

—¿Qué? —pestañeó Ernie, sorprendido, mirando al sultán con estupor.

—Le pregunté si estaba enamorado —sonrió el monarca árabe.

—¿Yo... de... de Melody?

—Exacto.

—¡Eso... es absurdo!

—¿Por qué? —la sonrisa se amplió en la joven, oscura faz de Nishawar—. Ella es mujer. Usted, hombre.

—Sí, pero... pero ella es Melody.

—¿Eso cambia las cosas?

—No, parece que no debiera cambiarlas... —Ernie se sintió confuso, metido en un auténtico atolladero súbitamente—. Ella es una mujer, ciertamente. Y joven, bonita, encantadora... Pero lo cierto es que no la había mirado de esa forma en ningún momento. Para mí, era un agente, un miembro del FBI, un simple número en un sistema automático, como es el del servicio de investigación para un país, para una organización tan compleja como la nuestra...

—Le comprendo, Mac Duff. En su tarea, uno termina viendo a todos los colaboradores o a los enemigos, simplemente como a tales, deshumanizados y desprovistos de alma, de auténtica personalidad incluso.

—Aproximadamente, así es. Además... Melody llegó ayer a Dhawaiq. Es poco tiempo, Majestad. Apenas si nos conocemos, si...

—A veces, un minuto basta —suspiró Nishawar lentamente. Entornó los ojos, con un suspiro—. El mundo siempre es el mismo, amigo mío. En Oriente, en Occidente, antes o después, en el pasado, el presente o el futuro. Y sean cuales sean las circunstancias alrededor, un hombre es siempre un hombre, una mujer es una mujer... y una simple mirada, un encuentro casual, un roce, pueden bastar para encender una mecha tan vieja como el mundo...

Ernie estudió sorprendido al sultán. Meneó la cabeza, algo irónico.

—Majestad, creo que estudió muy a fondo esa asignatura en Europa —comentó.

—No todo fue científico o técnico, después de todo —rio el sultán—. También yo soy hombre. Tuve compañeras de estudio en Europa... y no soy insensible a la belleza mi querido amigo.

—Entiendo, sí —Ernie siguió al monarca, en su paseo hacia los grandes depósitos y la planta de envasado de la refinería—. No podría afirmar que me guste Melody Marsh como mujer, ciertamente. Es una criatura extraña, sorprendente, una mezcla increíble de un agente especial, de mujer, de seductora, de aventurera, de camarada... No sé es difícil pensar. Y más ahora, estando ella en peligro...

El sultán afirmó lentamente, en silencio. Luego cuando habló, no se refirió ya en absoluto al posible terreno afectivo de Ernie Mac Duff y de Melody Marsh,

—Puede tener tranquilidad absoluta en ese terreno. Si ella corre peligro, será porque humanamente, ni usted ni nadie puede hacer cosa alguna en su favor. Tengo a más de dos mil policías y agentes a mi servicio, recorriendo la capital y sus alrededores, en busca de cualquier indicio que nos lleve lo antes posible hasta esa joven...

Se detuvo el sultán frente a la amplia ruta de asfalto construida sobre la arena, que conducía desde el centro refinero petrolífero, hacia el delta del río y sus amplios, nuevos y bien dotados embarcaderos para el traslado de la preciada mercancía a bordo de los buques de carga que llevarían el “oro negro” hacia Occidente.

—Ahora verá uno de los puntos básicos de nuestra Industria nacional —declaró con orgullo el monarca—. Va a asistir a la salida de los cinco mil primeros bidones de petróleo ya refinado por nuestra empresa, con destino a Nueva York, Londres, Moscú y Bruselas, a título casi simbólico... Cinco mil bidones que saldrán justamente por esta carretera, hacia los barcos de carga, a las cuatro en punto de la tarde, con asistencia de los corresponsales de diversas publicaciones especializadas, reporteros de televisión de Europa y Estados Unidos, y una serie de personalidades de la máxima importancia internacional. Sí, mi querido amigo Mac Duff: vamos a iniciar una nueva etapa de expansión, riqueza y prosperidad para mi amado país... Justamente a las cuatro de la tarde de hoy. Venga conmigo, por favor. Son ya las dos y media.

Queda poco tiempo, pero le mostraré los preparativos para la ceremonia oficial de inauguración de la Export Arabian Oil Company, del Estado de Dhawaiq...

Ernie y el sultán avanzaron hacia el lugar reservado a la ceremonia inmediata. Pero aunque el interés profesional de Mac Duff, como agente del FBI desplazado al centro árabe productor de petróleo, en defensa de los intereses mundiales sobre el “oro negro”, era muy profundo y razonable, en realidad ahora se sentía distante de aquel gran complejo industrial de Dhawaiq y de su significado dentro de la vida de aquel pequeño país. Como se sentía ajeno al entusiasmo del joven monarca y a un sinfín de cosas más.

Y de todo ello, solo una persona tenía la culpa: Melody Marsh, agente femenino del FBI.

—¿Dónde...? —se preguntaba angustiadamente Ernie en su interior—. ¿Dónde estará ella ahora... y cuál será su suerte...?

Pasó junto a ellos, rugiendo su motor, un *jeep* con el emblema de la Export Arabian Oil, en amarillo y rojo. Las ruedas hollaban el joven asfalto, no lejos de los pies de Ernie, que contempló pensativo su rodar vertiginoso hacia una planta de la refinería.

Poco podía imaginarse que, en aquellos momentos, Melody veía unas ruedas así. Pero mucho más cerca, más peligrosas, más mortíferas...

* * *

El *jeep* era ahora como un monstruo.

Un *terrible*, gris, metálico monstruo, lanzando sobre ella entre una acre polvareda de arena, recto y mortal hacia su cuerpo indefenso, abatido en el desierto, frente al único asesino que seguía en pie, del grupo de sus despiadados raptores.

Melody tuvo un instante de abatimiento, de renuncia a la lucha, de desesperación e impotencia ante lo inevitable. Cerró los ojos, esperó el impacto, la presión trituradora y asesina de las ruedas del veloz coche para todo terreno...

Luego, en su interior, la innata rebeldía suya, su furiosa vitalidad, dominaron todo otro sentimiento. Y aunque las ruedas estaban virtualmente encima, y ya la masa del *jeep* velaba el sol ante sus ojos, reaccionó.

Solo una mujer con la elasticidad felina e increíble de Melody Marsh, con la pasmosa forma física que su preparación atlética dentro del FBI, y su propio estímulo de siempre por mantenerse en forma le prestaban, podía salvar la vida en aquel trance sin remedio.

Y esa mujer, solo podía ser Melody, que en un instante dio un brusco, espectacular, inaudito vuelco a la situación, ante el estupor del propio criminal sentado al volante.

El hombre, al pisar a fondo el acelerador, sintió cómo avanzaba el *jeep*, con un bramido más poderoso de motor, cómo se precipitaba sobre aquel deseable cuerpo femenino que, inexorablemente, había de ser destruido, porque esas eran las órdenes recibidas. Y porque aquella mujer exigía implacable crueldad, o sería ella quien ganase la batalla con sus insólitos recursos...

Pero no percibió bajo las ruedas el crujido del cuerpo humano roto, aniquilado. No brincó el coche, al encontrar un obstáculo vivo cruzado a su paso. Sencillamente, porque ese obstáculo no estaba ya allí.

En una distancia tremendamente corta, con apenas un segundo o dos por delante, Melody Marsh había hecho lo más difícil con pasmosa seguridad y precisión.

Su figura elástica, vertiginosa, había rodado lateralmente, con un vuelco acrobático en la arena, había rodado lo preciso para sentir pasar junto a sus pechos la furia rodante de la rueda, que mordió su corpiño, desgarrándolo, y rascó la piel de sus brazos desnudos, sin hacerlos sangrar.

Las manos de Melody se alzaron, aferrando el estribo del *jeep* cuando este pasó, una contorsión fantástica, un impulso asombroso al cuerpo... y Melody estaba en el estribo, agazapada junto a la portezuela, invisible aún para el conductor.

Este, perplejo, asomó sin embargo, fuera de la portezuela del coche, buscando a su víctima, que no sentía bajo las ruedas. Se encontró de cara con su inesperada pasajera.

—¿Eh? ¿Qué diablos...? —aulló, frenando instintivamente el vehículo y contemplando la bonita faz de Melody, situada casi a tres pulgadas de la suya.

Ella hizo una mueca. Igual podía ser una sonrisa que una feroz

expresión de gato salvaje, antes de adelantar sus zarpas. Y así lo hizo.

Estiró sus brazos. Las manos de mujer, los dedos largos, sensitivos, de manicuradas y afiladas uñas, se afianzaron en los hombros del contrario. Aquel hombre jamás pudo suponer lo que seguiría.

Pero su cuerpo, movido de pronto por una energía ajena de incalculable fuerza, a la vez que por el propio impulso que el hombre comenzó a dar a su humanidad para oponerse a la insólita, pelirroja adversaria, se alzó del asiento con facilidad pasmosa, volteó en el aire, igual que si fuese una pluma, y los brazos de Melody lanzaron al hombre brutalmente, contra la arena, al pie mismo del jeep.

Rodó, con un gemido de dolor, y no habían cesado sus vueltas en el suelo del desierto, cuando ya su mano buscaba, presurosa, un arma en su chaqueta clara, tropical.

Melody no le dejó hacer nada. Llegó ante él, y cuando le vio hurgar en busca de un arma posiblemente de fuego, disparó sus piernas contra él, en un salto de auténtica luchadora.

El individuo gimió, al recibir un doble impacto de los talones de Melody en su mantón. Rodó otra vez por la arena, aunque ahora llevaba en sus dedos un revólver de chato cañón.

Melody volvió a la carga, disparando su pierna derecha contra el hombre. El arma saltó lejos, dando tumbos en la arena, al abrirse con un agudo dolor los dedos del individuo. Se revolvió este, con un rugido de ira, buscando aferrar los tobillos de Melody.

Consiguió apresar uno de ellos, tiró, y Melody Marsh se vino al suelo, junto a él, que rápidamente aprovechó la momentánea ventaja para saltar a horcajadas sobre el cuerpo espléndido, en el que no vio ningún motivo sensual, sino un manojo de nervios y de energías, sumamente peligrosas para él.

—Te mataré, fierecilla —jadeó—. Te voy a hacer sacar dos palmos de tu bonita lengua...

Y logró aplicar sus zarpas al cuello de la joven, empezando a apretar implacable, en tanto que sus piernas mantenían presión férrea, sobre los muslos de la joven, para impedirle luchar. No le importaban, los arañazos de las manos libres de Melody, porque su prisión en la garganta de ella era tan brutal ahora, que confiaba en

el debilitamiento de la joven. Un debilitamiento rápido, que se manifestó en una, súbita relajación de los músculos de la muchacha. Melody empezó a enrojecer, bajo la criminal presión enemiga.

—Debo matarte —jadeó el hombre, con expresión crispada—. Es tu vida o la mía, preciosa. Si vuelvo y ellos saben que continúas viva... me liquidarán a mí. Lo siento... pero no hay otro remedio.

Era obvio que eran simples palabras. No lo sentía. Era uno de esos hombres que podían gozar matando, destruyendo una vida. Melody, en su confusión, lo advertía así. Un último residuo de humanidad, de compasión, desapareció de su mente y de su voluntad, junto con la creciente de asfixia de aquel dogal en torno a su garganta.

Y antes de que fuese demasiado tarde, reaccionó.

El otro no podía imaginar nada así. Sabía que la joven americana era peligrosa, pero jamás supuso que lo fuera tanto. Y cuando se dio cuenta de ello, era tarde. Porque el golpe de Melody esta vez, fue mortal.

Él lo había dicho: se trataba de su vida o la de ella. Así era, Melody, en el dilema, optó por salvar la propia. No había otro recurso que este, y lo utilizó.

Un golpe.

Un simple golpe, seco y duro, que sonó como un hachazo. Su mano, de canto, había pegado en el cuello del asesino. Solo un golpe, con una precisión, fuerza y sequedad especiales. Y en un lugar estratégicamente elegido, con escalofriante seguridad.

El impacto de la mano abierta de Melody en su cuello, frenó al otro. Boqueó su atacante, con ojos repentinamente vidriosos. Soltó la garganta femenina. Se crisparon las manos en el aire, frenéticas, como queriendo aferrar algo inaprehensible. Y por fin, un espasmo, una repentina lividez, y la caída.

El cuerpo del enemigo rodó junto a ella. Se quedó inmóvil, rígido en la arena.

Melody jadeó, recuperando fuerzas, tendida al sol, sobre la arena, en sus precarias y maltrechas piezas interiores. A simple vista, cualquiera hubiera creído en una hermosa bañista, bronceando su cuerpo al sol, en una playa de moda. Nada más lejos de la realidad, ciertamente.

Logró ponerse en pie. Miró al hombre. Se contempló la mano, pensativa. Sacudió la cabeza.

—No me gusta el karate —musitó—. Es demasiado mortífero. Pero a veces, no hay más remedio...

Meneó su roja cabeza, pensativa. Frunció los labios, contemplando el desierto. Luego, miró al *jeep*. Subió a él de un salto, despreocupándose del hombre muerto de un simple golpe, cuando la propia vida de ella pendía ya de un débil hilo.

Se dispuso a regresar a Shayadh, la capital. La aventura del rapto había terminado con bastante fortuna, pensó preocupada. Alguien iba a llevarse un serio disgusto cuando supiera el desenlace.

Eso le hizo sonreír. Puso en marcha el coche. Se alejó, rodando por el desierto.

Súbitamente, una voz masculina sonó tras ella, a bordo del *jeep*.

Melody, sobresaltada, giró la cabeza. Esta vez, si había alguien más, estaba perdida.

CAPÍTULO X

LA voz era masculina.

Y había dicho con lentitud, con voz dura, incisiva:

—F-22, conteste. F-22, conteste... Es urgente. Conteste, F-22...
Habla F-10. Habla F-10... Conteste, F-22 inmediatamente...

Respiró aliviada. Era una emisora-receptora de radio. Solo eso...

Había durado su temor cosa de unas décimas de segundo, no más. Lo suficiente para volver a experimentar tensión en su cuerpo, un vivo escalofrío corriendo por su espina dorsal sometido al crudo sol del desierto árabe.

Y la radio, aquel pequeño aparato metálico, gris oscuro, portátil, de antena telescópica a media elevar, situado en el asiento trasero del vehículo, continuaba su cantinela insistente:

—F-22 conteste... F-22, llamando F-10... Conteste, F-22. Es urgente...

Frenó el coche. Sus ojos aparecían brillantes, pensativos. Valía la pena probar algo. Aunque fracasara, sería divertido. Melody se divertía jugando al peligro. Incluso después de haber salido de varios tan agudos, tan difíciles de resolver...

Se inclinó. Cambió, dando vuelta a un dial. Aproximó sus carnosos, rojos labios, a una rejilla metálica:

—Habla F-22... F-22 hablando... Escucho, F-10... Y cambio...

Sonrió traviesamente al hacer un nuevo cambio. Era divertido aquello. Había fingido bastante bien una voz de hombre. Esperaba que el sonido metálico del aparato hiciera lo demás.

La voz que le respondió, parecía carente de sospechas al respecto. Se expresó con total normalidad, utilizando el mismo tono que al iniciar su mensaje:

—F-22, diríjase al Punto 7. Diríjase enseguida al Punto 7 —le

informaron—. Son ya las catorce treinta y siete... Dentro de tres minutos exactamente, de acuerdo con el plan previsto, tendrá lugar el atentado... Diríjase al Punto 7... Cambio.

Melody, tensa, giró de nuevo el dial. Su rostro se había oscurecido. La cosa dejaba súbitamente de ser divertida: el atentado... El ATENTADO... ¿contra quién?

Frenética, en un desesperado afán de saber más, sin despertar sospechas en su comunicante, al efectuar el cambio habló con aparente serenidad y sangre fría, siempre falseando su voz, dándole el más perfecto tono viril que le era dado fingir:

—F-22 enterado... Enterado, F-10... Voy al Punto 7 enseguida... Espero que todo resulte bien y el atentado se realice de acuerdo con el plan previsto... Cambió, F-10...

Cambió de nuevo, casi con rabia, mordiéndose el labio inferior, esperando saber más, algo más que le sirviera de guía.

La voz que le informó, no fue demasiado generosa en ello. Era obvio que el llamado F-22, motivo de la llamada, sabía bien en qué consistía todo, y sobraba toda aclaración. Pese a ello, unos indicios más llegaron hasta Melody con la respuesta a su mensaje;

—No pierda tiempo, F-22... Debe recoger al prisionero... Debe recoger al prisionero, en cuanto el atentado haya tenido lugar... F-35 y F-15 estarán esperando allí, después de la explosión e incendio de la refinería... No se demore, F-22... Es importante que todos estén allí a tiempo, no vaya a fracasar el plan... Nadie debe caer en poder del enemigo. Confirme recepción, y cierre. Cambio.

—Recepción confirmada, F-10 —remachó Melody—. Cierro...

Cerró. No había otro recurso, salvo descubrirse, y eso pondría en guardia antes de tiempo a sus adversarios. Era mejor así. Ahora, ya sabía algo más:

La refinería...

Recordó inmediatamente. La Export Arabian Oil, tenía que inaugurar en esos días la nueva refinería petrolífera de Dhawaiq. Y habían hablado de una explosión, de un incendio... en una refinería.

También hablaron de “un prisionero”, pero sobre eso no tenía Melody la menor idea. Lo importante, lo realmente grave, era lo demás: la explosión, el incendio, el atentado.

Miró su reloj nerviosamente. Las dos y treinta y ocho de la tarde... Dos minutos más. Solo dos. A las dos cuarenta... la explosión. Era el plan previsto.

Y ella no tenía la menor idea de cuál sería el Punto 7. Pero lo peor era que tampoco tenía tiempo de avisar a nadie, de advertirles de lo que iba a suceder.

Pisó el acelerador a fondo, arrancando sobre las arenas del desierto a toda velocidad. Se alejó, tras orientarse por el curso solar, del punto en que, lógicamente, podía hallarse la capital, algo alejada sin duda del desierto.

Mientras tanto, con una mano al volante, medio vuelta de espaldas en el asiento, su mano izquierda pugnaba por sintonizar en la emisora-receptora de radio algún centro de escucha nacional, que pudiese recibir su mensaje urgente.

Solo bip-bips, zumbidos o silencio total, acogían sus desesperados esfuerzos.

Nada. No lograba captar emisora alguna.

Y ya eran las dos y treinta y nueve minutos. Pasaba un segundo. Dos. Tres. Cuatro...

La aguja, inexorable, iba al encuentro con el destino, con el caos, con la muerte y la destrucción en alguna parte. Melody no podía hacer nada, absolutamente nada por evitarlo...

El *jeep* parecía volar sobre las arenas, sin poner sus ruedas apenas en el suelo. Allá, en la lejanía, repentinamente, asomaron hileras de minaretes y cúpulas. Melody jadeó, pisando el acelerador hasta su final. El *jeep* brincó, salvó unas lomas y depresiones, avanzando vertiginoso hacia la capital.

Pero también el reloj iba vertiginoso. Ya solo faltaban unos segundos. Y en la caja metálica del emisor-receptor, súbitamente, una voz habló en árabe. Melody captó algunas palabras sueltas.

¡Era una emisora oficial del Gobierno, quizá la de la policía o el ejército!

—¡Dios mío! —jadeó, inclinándose, sin soltar el volante. Y habló, en árabe correcto—; Atención... Aquí Marsh Melody Marsh... Informe urgente... Atención, atención...

Informaba apremiante, exasperada. Pero ya la aguja de su reloj alcanzaba el punto álgido.

Las dos y cuarenta minutos...

* * *

Fue como si el mundo entero reventase.

Ernie Mac Duff se sintió lanzado por la onda sonora, mientras sus tímpanos ensordecían, parecían reventar, y alrededor suyo, todo se transformaba en un volcán en plena erupción. Llamaradas ingentes, una negra, espesa humareda, un temblor del suelo, de las instalaciones, sacudidas por el estallido repentino...

Dos grandes depósitos de color aluminio panzudos y brillantes, habían saltado, desgarrados por una pavorosa explosión, tambaleándose sus bases de traviesas metálicas, oscilando todo un sector del complejo petrolífero, mientras brotaban bocanadas arrolladoras de negro humo, lenguas de fuego que subían al cielo, corriendo vertiginosas, voraces, sobre regueros del aceite prodigioso, extendiéndose el siniestro a toda la instalación.

Ernie buscó con la mirada al sultán, que se hallaba cerca de él momentos antes. No pudo encontrar al sultán ni a persona alguna, porque el humo lo envolvía todo ahora, en una densa muralla impenetrable, que a todos rodeaba por completo.

Escuchó voces, gritos, sirenas de alarma, carreras, tintineo de coches ambulancias y de extinción de incendios. Logró incorporarse, tambaleante, avanzar hacia una zona que recordaba haber pasado momentos antes, en compañía del joven monarca de Dhawaiq.

Tanteando, dio con los barrotes metálicos de una torre. Supo que estaba bien orientado, pero mejor era no seguir dando pasos de ciego en la espesa humareda, porque podía precipitarse a algún reguero de petróleo incendiado, y perecer abrasado estúpidamente.

—¡Majestad! —llamo—. ¡Majestad!...

Percibió ruidos, sonidos sofocados, como de toses.

Él mismo tenía sus ojos llenos de lágrimas, su garganta rasposa, su voz irreconocible incluso para sí. Llamó de nuevo, seguro de que por aquel punto estaría Nishawar, si no le había sucedido algo irreparable:

—¡Majestad! ¡Señor! ¿Dónde está...?

—Aquí... —jadeó una voz—. Aquí...

—¿Se encuentra bien? —tanteó Ernie en la oscuridad de la densa humareda, con precauciones.

—Creo... creo que sí. Un poco... asustado tal vez. ¿Y usted?

—Estoy bien, sí. No se mueva, Majestad. Será mejor esperar a que vengan a por nosotros, o se disipe este humo, para salir de aquí. Sin duda traerán reflectores, lámparas de infrarrojos. Saben que estamos aquí...

—Por Alá, Mac Duff... ¿Qué pudo ser esto?

—Me temo que un atentado, señor.

—¿Un... atentado? ¿Contra mí?

—Es posible. O solo contra la refinería, y lo demás fue accidental. Lo cierto es que tenía razón Su Majestad: hay muchos enemigos en Dhawaiq, que no desean ver al país en la prosperidad... Me temo que este siniestro aplase la inauguración oficial de esta industria...

—Cierto, Mac Duff... Daremos una versión confusa de los hechos. Diremos que hubo razones técnicas que impidieron la inauguración. Una avería, un accidente... —sonó la voz del joven sultán lastimosamente en la profunda, impenetrable noche del humo negro del negro oro encendido por los saboteadores—. No se puede minar la moral de un pueblo.

—Es verdad, señor —asintió Ernie, sombrío—. No se puede minar esa moral. Cualquiera cosa es mejor que la verdad en estos casos... Lo realmente importante, es que la refinería puede reparar sus daños y volver a producir. Lo peor hubiera sido que el atentado afectase a Su Majestad. Un hombre, un buen hombre que gobierne con sabiduría, inteligencia y honestidad, no puede ser sustituido fácilmente...

—Gracias, Mac Duff —llegó la voz apagada del sultán—. Gracias...

Ernie no dijo nada. Escuchó, asintiendo rodar de vehículos. Algunos se aproximaban, haciendo sonar sus sirenas. Haces de luz intensa cruzaron la confusa masa de humareda. Suspiró el agente federal:

—Creo que vienen a rescatarnos de este infierno de calor y oscuridad, señor —dijo, apoyándose serenamente en la torre metálica donde se había arrinconado, en espera de salir de aquella

ciega oscuridad con olor a aceites inflamados, a gases de petróleo sueltos.

* * *

Era cierto.

Momentos más tarde, brigadas de salvamento de hombres provistos de trajes de amianto, cascos especiales y máscaras, llegaron hasta ellos guiados por luz infrarroja o poderosos haces de luz normal, capaz de escudriñar con cierto éxito en la masa de humo.

Fueron extraídos de la zona siniestrada Mac Duff y el sultán junto con algunos miembros del séquito, dispersos por el caos de humo negro, y entonces se informó el joven Nishawar, de que muchos empleados de la planta refinadora habían sufrido heridas o quemaduras en el sabotaje, así como se daba provisionalmente la cifra de una decena de muertos, en el lugar exacto donde tuvo lugar la explosión.

—La casi totalidad de los cinco mil bidones de la nueva marca Gold, señor, han sido destruidos en el fuego —explicó el primer ministro, Taifala, gravemente, al término del informe—. Fueron alcanzados por la explosión o les rodeó el incendio subsiguiente...

—¿Qué importa eso ahora, Taifala? —se lamentó Nishawar—. Son esas vidas las que cuentan... Diez hombres muertos, que acaso sean veinte o treinta, un centenar de heridos... Eso es lo doloroso Taifala. Aunque ciertamente la industria se demorará ahora en su inauguración oficial al menos en un mes o dos...

—Demasiado tiempo, señor —suspiró Taifala, ensombrecido—. Está el viaje a los Estados Unidos... Hubiera sido hermoso ofrecer esta realidad al presidente del país amigo, que tanto hizo por nosotros y nuestro desarrollo actual...

—Es inevitable —concluyó el joven monarca, haciendo un gesto de dolor cuando uno de los médicos del palacio, destacados urgentemente a la refinería, puso otra compresa y tiras de esparadrapo sobre su rostro bronceado, allí donde algunas quemaduras habían hecho mella en la epidermis del soberano árabe—. Lo que cuenta ahora, Taifala, es nuestro poder de recuperación. Quiero que todo eso esté de nuevo en marcha para mi regreso a los Estados Unidos... y más vigilado y controlado todo que nunca,

¿entendiste?

—Así se hará. Dejaré las órdenes oportunas para que, a nuestro regreso de Houston y Washington, todo esté aquí mejor que nunca, y con la mayor cantidad de garantía y seguridad...

—¿Puedo preguntarle, señor, si tiene alguna idea sobre la naturaleza del sabotaje? —intervino Mac Duff, ceñudo—. Me refiero al origen de la explosión, a la posibilidad de que alguien haya entrado en esta refinería, o bien un mismo empleado de ella...

—Los empleados no pueden llevar sobre sí elemento alguno peligroso, ni explosivos ocultos —refirió él severo, enjuto y solemne ministro de Dhawaiq, el inteligente Taifala—. Existe un riguroso control de seguridad, señor Mac Duff, y una serie de detectores, muy difíciles de burlar por medios de la mayor astucia. Yo podría jurar que ningún obrero de la zona podía llevar un explosivo para aplicarlo al petróleo, ni nadie pudo acercarse a esta refinería, sin ser visto por la guardia especial que la protege, que solo autorizaría el acceso a cualquier punto al propio jefe de la guardia, coronel Yedz, a su Majestad, a mí... y excepcionalmente a ustedes, señor Mac Duff.

—Lo cierto es que la explosión tuvo lugar. Y que resultaría difícil imaginar que fuese un accidente. Tan casual, tan... tan oportuno...

—No —rechazó Taifala, rotundo. Se irguió—. No fue accidente. Fue atentado.

—¿Cómo está tan seguro?

—Sí —el sultán se irguió, apartando a un médico con vivo gesto—. ¿Cómo puedes estar tan seguro de eso, Taifala?

—Recibí un informe a poco de producirse el sabotaje, señor —explicó el primer ministro—. Estaba todo preparado. No sé aún como introdujeron el explosivo en la refinería. Los expertos estudian eso ahora. Pero estaba preparado.

—¿De quién procedía ese informe? —se interesó Mishawar, perplejo.

El primer ministro sonrió débilmente. Se volvió a Ernie y explicó:

—De una persona que logró comunicarse por radio con el Centro Emisor del Estado... Una persona muy amiga suya, que en

estos momentos se encuentra sana y salva... aunque adquiriendo ropas para cubrirse. La señorita Melody Marsh, señor Mac Duff...

CAPÍTULO XI

ERNIE MAC Duff golpeó la puerta con los nudillos.

—Adelante —dijo la voz de Melody.

Ernie entró. Y supo en el acto que había cometido un error. El peor de su vida, posiblemente.

Melody no estaba sola. Un hombre la cubría con su arma, en la habitación del hotel donde se alojaba.

—¿Qué significa...? —comentó Ernie, tenso.

—Significa, señor Mac Duff, que el juego debe terminar. Me cansé de sus trucos y los de su amiga, la señorita Marsh —el hombre armado se volvió—. Deme el microfilm. Es todo lo que quiero.

Ernie no pudo dar crédito a sus ojos. El rostro del hombre, tras el arma provista de silenciador, era inconfundible.

Y no creyó que pudiera verlo ya nunca más en este mundo.

—¡Cielos! —jadeó—. Beit Naquye... ¡El agente secreto británico, libanes de nacimiento... que murió en el desierto, ante mis propios ojos!

—¡No es posible! —rechazó Melody, muy pálida.

—Vaya si lo es —rio Naquye entre dientes—. Soy yo, señor Mac Duff. Beit Naquye, en persona.

Ernie le contempló fijamente.

—Pero usted murió...

—Sí, he muerto —dijo apaciblemente el libanés-británico. Luego, soltó una seca carcajada—. Es decir, murió mi hermano gemelo Shek, que era leal a la corona, a la libertad, a la paz y todo eso. Yo soy el auténtico Beit Naquye. Agente doble, señor Mac Duff. Desleal con todos, claro. La Eastern Agency no tiene nacionalidad propia. Compra y vende secretos militares o políticos. Está

interesada en el petróleo de este país, para provocar un caos en Oriente Medio, y encender la mecha de la guerra... Hay intereses en ello. Países que desean servir armas, un *trust* internacional de magnates del acero... Yo sirvo a todo eso.

—Era un idealista —se encogió de hombros. Impacientándose, agitó el arma—. Vamos, pueden darme ya el microfilm que mi hermano se anticipó a quitarme, para entregarlo a las autoridades, y descubrir nuestro vasto plan de subversión y guerra provocada. Hágalo, Mac Duff, o mataré a su amiguita.

—Nos matará a los dos igualmente —avisó Melody—... No le dé el microfilm, Ernie.

—Lo sé, Melody —Mac Duff miró fijamente al agente de la Eastern—. Nos va a asesinar para que no revelemos su identidad real y lo sucedido aquí...

—No lo haré si me dan ese film —se irritó Naquye, el resucitado.

—Claro que lo hará —e inesperadamente, Ernie Mac Duff tiró de la alfombra en que se hallaba en pie Naquye, metiendo hábil, rápido, la punta de su pie por entre los flecos, y saltando él atrás.

Perdió Naquye el equilibrio, disparó su arma, cuya bala rozó los cabellos de Ernie. Melody intentó actuar, saltar sobre el enemigo para abatirle. No hizo falta. Esta vez, fue Ernie quien lo arregló todo.

Aun herido, sangrando su frente, logró desenfundar su arma y disparar con vertiginosa celeridad la automática marca “Beretta”.

Beit Naquye, el doble agente, el traidor vendido a intereses privados y siniestros, recibió la bala de Ernie Mac Duff en pleno rostro. Este se cubrió de sangre. El resultado halló así la muerte. Y esta vez, de modo definitivo. Sin resurrección posible...

Melody corrió hacia Ernie, alarmada. Él sonrió, incorporándose.

—Todo resuelto, Melody —dijo—. Alguna vez debía ser yo el más rápido de los dos...

—Cielos, Ernie —suspiró ella—. Y sin trucos... Eso sí que es difícil...

Y contempló, en silencio, el cuerpo de Naquye, el traidor que volvió de la muerte.

CONCLUSIÓN

—**E**RNIE...

—¿Sí, Melody?

—¿Podrás perdonarme alguna vez?

—¿Perdonarte? —le miró, sorprendido—. ¿Por qué debo perdonarte? ¿Y qué es lo que debo perdonarte?

—Todo. El sentirme una mujer superior, una agente especial maravillosa... y crearme capaz de hacer cuanto haga un hombre...

—Y lo hiciste. De verdad que lo hiciste. Más aun, Melody.

—No, Ernie. No basta ser astuta, rápida, fuerte y decidida. No basta. Una es mujer, Y una mujer no debe portarse como un hombre rudo. No debe luchar, ser capaz de matar... o de morir.

—¿Por qué no? Nuestra época es difícil. Exige algo más que héroes. También heroínas, pequeña...

—Ernie, por favor. Sabes que no es así. Sabes que merecía esa lección de humildad... Ahora sé que no soy tan excelente miembro del FBI como imaginaba.

—Tonterías. Te felicitaron todos. Has estado maravillosa. Incluso el presidente...

—Deja eso, Ernie. Quiero decir que no basta ser una buena agente federal, por ejemplo...

—¿No?

—No —le rodeó con los brazos. Mimosa, suave, llena de una rara, nueva melosidad, que estremeció a Mac Duff—. Hay que ser... mujer. Ante todo, mujer. Tenías tú razón, Ernie. Vale la pena ser solo mujer. Ser femenina, amar, ser amada...

—Melody, yo... yo te pedí todo eso y...

—Y dije que no —rio ella suavemente—. Lo recuerdo, si. Por eso te pedí... perdón. ¿Serás capaz de perdonarme, querido? ¿Lo

serás?

—Melody, eso... eso significa que...

—Eso significa que voy a renunciar a seguir siendo la Melody Marsh del FBI, para ser solo... la señora Mac Duff.

—Oh, Melody... —la rodeó en sus brazos, la atrajo hacia sí, besó su boca jugosa, estrujó él aquel adorable, turgente y cálido cuerpo—. Melody, querida... Eres una maravilla. Una criatura única...

—Ernie, eso no es una respuesta.

—¿No? —la miró profundamente, de cerca. Volvió a besarla—. ¿Y esto? ¿Es o no es una respuesta?

—Claro, querido... —le enlazó con más fuerza. Comenzó a besarle rabiosamente. Luego, se rehízo, se dominó, se tornó más suave. Y susurró—: Perdona, Ernie. Debo ser tierna, mimosa, femenina...

—Eso es —rio él—. Aunque la otra Melody Marsh sea más fuerte... te prefiero así. Así, querida...

Y volvió a besarla.

Ahora, Melody Marsh ya no era una dama a lo James Bond. Era, simplemente, una mujer.

Y una mujer maravillosa.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

"WESTERN"

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

— y —

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

"CIENCIA FICCION"

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Obviamente, alusión a los métodos fantásticos que el cine popularizó en la persona y películas de James Bond, «Agente 007», personaje del escritor británico Ian Fleming, extendido por todo el mundo a través de la interpretación cinematográfica del actor Sean Connery, en una serie de gran éxito.

[2] Literalmente traducido: ¡Oro! ¡Lo mejor del mundo!

[3] En alemán: «Adiós, señorita»

[4] En árabe, responde Melody: «Adiós. Y gracias...» (N. del A.)

[5] En árabe, “¡Socorro, socorro!”.

[6] En el mismo idioma, “Pero... pero... ¿cómo...?” (N. del A.)

[7] “¡Pronto! ¡Vamos, enseguida!”

[8] “Sí, sí...” (N. del A.)